

Brigitte

EN ACCION

Lou Carrigan

Próxima humanidad

Imaginar una Próxima Humanidad puede ser muy comprometido, empezando por el simple hecho de pretender aclarar el tema: ¿qué queremos decir exactamente con esas palabras? ¿Nos referimos tal vez a la próxima generación… o a una humanidad que está por llegar? ¿Una humanidad diferente y presumiblemente mejorada? Cabe pensar y desear que una humanidad siguiente a la nuestra actual sea mejor que la actual, pues de otro modo. ¿Qué sentido tendría preparar una nueva humanidad? Bien, no hagamos más cábalas. Un personaje insólito tiene la solución para conseguir una humanidad a su gusto y medida, una humanidad mucho mejor que la actual. Dejando aparte posibles discrepancias al respecto, su idea tiene un «pequeño» inconveniente: para que llegue la próxima humanidad es necesario que antes muera la humanidad actual.



Lou Carrigan

Próxima humanidad

Brigitte en acción - 498

ePub r1.2
Titivillus 26.09.2021

Lou Carrigan, 1991
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Brigitte
EN ACCION



Capítulo primero

Todo el barrio chino de Nueva York lamentaba la muerte del viejo Wo Peng.

Éste había sido persona apacible, de buenos modales y hermosas palabras siempre a punto para aconsejar o consolar a sus amigos. Se decía que el viejo Wo Peng podía ser, tal vez, la última reencarnación de Confucio, lo que a algunos les parecía un tanto exagerado.

En cualquier caso, Wo Peng había sido, esto era indiscutible, un filósofo. Llevaba bastantes años viviendo en Chinatown, nunca había molestado a nadie, y, por contra, había escrito un par de libros de hermosos poemas con bonitos títulos primaverales, y otro libro, titulado Eternidad, que exponía una insólita y remota filosofía respecto a sus dudas de que existiera la muerte, libros ambos cuyo contenido era un bálsamo para las penas, un recurso de gran consuelo para los afligidos de corazón.

Pero la muerte existía.

Con toda seguridad.

En aquellos momentos el viejo Wo Peng lo sabía muy bien, puesto que se hallaba en ella. Había fallecido de un modo que resultaba, ciertamente, poco usual y en absoluto acorde con un delicado poeta, con un profundo pensador, con un ciudadano pacífico, en suma.

Había muerto acribillado a balazos en su propio domicilio, donde un día después se hallaba expuesto su cadáver para que pudiera recibir la silenciosa despedida de sus muchos amigos de Chinatown.

—La verdad es que no comprendo qué hacemos nosotros aquí —masculló Frank Minello—. Fíjate: todos son chinos.

Brigitte Montfort, la famosa periodista neoyorquina de fama mundial, miró a su colega y amigo del alma moviendo lentamente

sus grandes, maravillosos, inteligentes ojos de celestial azul, y susurró:

—Estoy segura de que han venido personas de otras razas a visitarlo, Frankie.

—Tal vez, pero ahora los únicos que no somos chinos aquí somos tú y yo. Y no me gusta cómo nos miran.

—No nos miran de ninguna manera especial.

—Quizás están pensando que nosotros tenemos algo que ver con la muerte de ese viejo macaco.

—Frankie, ¿quieres dejar de decir tonterías? Estoy segurísima de que nadie piensa que tú y yo tenemos nada que ver con semejante barbaridad. Además, Wo Peng no era ningún macaco.

—Pero viejo sí era. Y todos los viejos parecen macacos. Especialmente los viejos chinos. Aunque no sé, a veces me miro al espejo y me digo: Frankie, estás hecho un viejo macaco. Quiero decir que cuando nos hacemos viejos todos parecemos macacos.

—¿Quieres hacerme un favor, Frankie?

—Y un millón. ¡Los que quieras!

—Por el momento me conformo con uno: cállate.

Frank Minello se calló.

Estaban llegando al blanco catafalco donde había sido colocado el ataúd que contenía los restos mortales del asesinado Wo Peng, siguiendo la fila de silenciosos chinos que iban pasando ante el malparado filósofo.

La sala de despedida se había instalado en el local principal de la cadena de tiendas de antigüedades y objetos de arte chinos propiedad de la familia Peng, donde el viejo patriarca simulaba trabajar, pero adonde en realidad se había recluido para poder dedicarse sin interferencias a su gran pasión: la literatura filosófica.

En realidad, a nadie sorprendía que el viejo Wo Peng hubiera sido filósofo. Todos los chinos tienen madera de filósofo, parecía pensar el mundo entero.

Lo que sí había sorprendido a todo el mundo era que alguien hubiera ido al apartamento que Wo Peng tenía encima de la tienda y lo hubiera acribillado a balazos.

Esto sí que era noticia, no que Wo Peng fuese un escritor filósofo.

Finalmente le llegó el turno a Brigitte de situarse junto al

cadáver que ocupaba un mínimo espacio, como una vieja figurilla de paja seca, el ataúd forrado de raso blanco. También Wo Peng vestía de blanco. Todo en él era apacible y sereno: su postura, su expresión, su blanca barbita, sus hirsutas cejas que a Brigitte siempre le habían producido la impresión de dos montoncitos de nieve…

Alguien había puesto unas flores blancas junto al féretro.

Durante unos segundos, la señorita Montfort estuvo contemplando aquel rostro que, verdaderamente, parecía de pergamino. Era cierto que ella, como todo el mundo, estaba sorprendida por el inesperado fin de Wo Peng, pero no tan sorprendida como todo el mundo.

La cuestión era muy simple: no se mata porque sí, por estúpido capricho, a una persona como Wo Peng. Por tanto, alguien había tenido «sus» motivos para matar al viejo chino.

¿Qué motivos?, se preguntaba la señorita Montfort. ¿Motivos literarios, filosóficos tal vez…? Claro que no. No se mata a nadie por hablar de filosofías y espiritualidades. Al menos no a finales del siglo XX.

Brigitte notó en la espalda el leve toque de la mano de Frank Minello, y se dio cuenta de que se había quedado como clavada al suelo junto al féretro contemplando el cadáver. Reanudó el lento desfile, dejando atrás al filósofo extinto, siguiendo la ruta que se había marcado en la tienda de antigüedades por entre estanterías repletas de objetos delicados: jade, marfil, cristal, terracota, cerámica…

Posiblemente, los hijos de Wo Peng habían hecho esto convencidos de que así lo habría deseado su padre: despedirse de su estancia en el plano terrenal de la existencia en aquel lugar, rodeado de amigos y de arte.

No era ninguna tontería.

Sobre todo si se comparaba con el hecho de que algunos «grandes» personajes deciden que se les despida con cañonazos. ¡Qué diferencia! ¿Y qué era lo que determinaba aquella diferencia?: unos andan por la vida organizando guerras y exterminando a la humanidad masivamente y otros se dedican a escribir versos o filosofías…

—Señorita Montfort.

Brigitte giró la cabeza, y sonrió al ver al joven chino que tenía ahora a su lado, muy cerca. Era uno de los nietos de Wo Peng, pero no recordaba su nombre.

—¿Sí? —inquirió la periodista-espía.

—Soy Dick Peng, el nieto mayor de Wo Peng. ¿Sería tan amable de acompañarme? Sólo la entretendré un minuto.

Brigitte asintió, y siguió al joven Peng hacia la trastienda, seguida a su vez por Frank Minello. Dick Peng apartó una cortina para facilitar el paso a Brigitte, que entró rápidamente. Frankie se detuvo mirando con expresión agresiva al joven chino.

—Yo voy con ella, y no intente…

—Por favor, pase, señor Minello —sonrió el muchacho.

—Ah, bueno. Vaya… ¿Me conoces?

—¿Y quién no? Es usted mi periodista deportivo favorito. Y un gran amigo de la señorita Montfort.

Minello asintió, y continuó en pos de Brigitte. Recorrieron un ancho pasillo, y llegaron a un despacho, donde había no menos de una docena de chinos, desconocidos para Frankie, pero no para Brigitte, que los identificó a casi todos como hijos o nietos de Wo Peng.

El de más edad de este grupo se adelantó, ofreciendo asiento a Brigitte, que lo rechazó, contemplando con expectación al chino. Éste se presentó como el hijo mayor de Wo Peng, y presentó a los demás. Brigitte presentó a Frankie, al que todos conocían, por supuesto.

—Perdone si le estamos haciendo perder tiempo —dijo el hijo mayor de Wo Peng—, pero queríamos manifestarle nuestro agradecimiento por su ayuda para resolver todos los problemas legales.

—No tiene importancia —aseguró Brigitte.

—Oh, sí. De no haber sido por su intervención habríamos tenido problemas para sacar a nuestro padre del depósito. A fin de cuentas, se trata de un asesinato, y la Policía no nos habría hecho mucho caso a nosotros. Pero usted tiene buenos amigos, y le agradecemos que los haya utilizado en nuestro favor.

—Wo Peng era una persona inteligente y honesta —dijo Brigitte —. De verdad, no ha sido molestia para mí movilizar mis influencias. Y siento enormemente lo ocurrido. ¿Tienen alguna idea

de quién lo ha hecho y por qué?

El silencio pareció espesarse. Todos los presentes en el despacho miraban fijamente a Brigitte Montfort. De pronto, el hijo mayor de Wo Peng señaló al joven Dick.

—Él la acompañará ahora, si usted lo desea. Nosotros, con su permiso, volveremos a la tienda para atender a los visitantes. De nuevo gracias, y si alguna vez podemos servirle en algo le rogamos que nos lo haga saber inmediatamente.

En el despacho quedaron solamente Brigitte, Frankie y Dick Peng. Éste señaló la puerta. Salieron los tres, recorrieron otro corto trecho de pasillo hasta el pie de la escalinata, y emprendieron la ascensión. Llegaron a un pequeño descansillo, desde el cual pasaron al apartamento de Wo Peng.

Constaba de una amplia sala, cocina, baño y dos dormitorios. La sala era como una prolongación de la tienda, llena de objetos de arte diversos. Pero muy confortable y con detalles modernos, como el inevitable televisor en color, un tocadiscos de alta fidelidad, y, lo que realmente sorprendió a Brigitte, un ordenador personal instalado en un rincón.

Precisamente hacia ahí se dirigió Dick Peng. Se sentó ante el ordenador y lo encendió, volviendo acto seguido el rostro hacia Brigitte y Frankie.

—Acérquense, por favor. Mi abuelo y yo trabajábamos mucho con este ordenador.

—Esto sí que es chocante —dijo Frankie.

—En absoluto —le sonrió el joven Peng—. Mi abuelo era viejo, pero no era ni tonto ni prehistórico. Es claro que muchos de sus poemas los tiene escritos con caligrafía china, naturalmente a mano, pero utilizaba este aparato para escribir textos largos o manipular sus ideas… Un procesador de textos es de una grandiosa utilidad para quienes escriben mucho, ustedes ya saben eso.

—Sí —asintió Brigitte—. Yo también hace tiempo que abandoné la máquina de escribir y tengo un ordenador portátil y otro fijo en casa. No hay que desdeñar las facilidades que nos ofrece la tecnología.

—Claro que no. Bien, aquí tenemos el programa… Mi abuelo y yo trabajábamos en este ordenador. Él me permitía utilizarlo y me enseñaba muchas cosas de literatura, poesía y arte en general y yo

le enseñaba a él a utilizar el ordenador. Aprendió enseguida. Usted sabe, señorita Montfort, que dentro de este aparato se pueden crear diversidad de documentos y guardarlos como si se tratase de un archivador. Cuando queremos ver el contenido de ese documento lo pedimos por medio de las teclas, y aparece escrito en la pantalla. Pues bien, tanto mi abuelo como yo tenemos aquí dentro, en la memoria del ordenador, muchos documentos, muchos escritos de toda clase: cartas a amigos, ideas, versos, datos electrónicos, un inventario siempre al día del contenido de la tienda… Todo eso.

—Sí, entiendo —murmuró Brigitte.

—Cada tema está en un fichero independiente, como usted bien sabe. Por ejemplo, todas las existencias en objetos de arte hechos con jade están reseñadas en un fichero al que mi abuelo, lógicamente, puso el nombre de Jade.

—Conozco todo el sistema —aseguró Brigitte.

—Claro. Bueno, en definitiva mi abuelo tiene aquí dentro muchos ficheros con otros tantos temas. Uno de estos ficheros lleva el nombre de Actualidades. En él, mi abuelo iba anotando las experiencias de cada día. Cada mes repasaba el fichero, y las cosas que no le parecían dignas de continuar siendo comentadas o estudiadas simplemente las borraba. Las que le interesaban las iba dejando vigentes en la memoria del ordenador, y en ocasiones recurría a alguna parte de lo que conservaba grabado para incluirlo en alguno de sus escritos filosóficos o poemas.

—Yo también hago algo parecido.

—Claro. Voy a sacar en pantalla el fichero Actualidades.

Dick Peng manipuló en las teclas del ordenador, y en la pantalla fueron apareciendo indicaciones y finalmente el texto del fichero llamado Actualidades. Dicho texto contenía comentarios filosóficos, algunos versos todavía mal rimados, breves frases ya muy pulidas literariamente…

Dick tenía presionada la tecla que hacía salir el texto ininterrumpidamente por la parte inferior de la pantalla, desfilando por ésta hacia arriba, hasta desaparecer por la parte superior.

De pronto, retiró el dedo de la tecla en cuestión, y la parte de texto que había en la pantalla quedó fijo en ésta.

—Debo confesar —murmuró Dick Peng— que en ocasiones echaba un vistazo a este fichero tan personal de mi abuelo. Yo lo

admiraba, y sabía que siempre obtendría beneficios. Era como curiosear en su mente…, y sé que a mi abuelo no le molestaba nada que yo hiciera que pudiera contribuir a mi formación y mejor comprensión de las cosas. Pero esta cosa, este texto que tenemos ahora en pantalla, nunca lo comprendí. Tal vez usted lo comprenda.

Dick Peng cedió la silla a Brigitte, que se sentó ante el monitor. Por supuesto, Minello se colocó rápidamente junto a ella, inclinándose para leer a su vez del texto, que era el siguiente:

> *Está llevando demasiado lejos sus ideas respecto al asunto, lo está manipulando de un modo que me atrevería a calificar de demencial. Y no es que niegue la posibilidad de conseguirlo, pero estas cosas tampoco son así, tan fácilmente manipulables. Una cosa son las manipulaciones científicas de tipo genético que hoy día están a unos niveles escalofriantes, y otra cosa es pretender el éxito total y controlado con esa próxima humanidad que está tramando. Ese maldito negro no sabe qué consecuencias tendría esa próxima humanidad, aun en el caso de que realmente él la consiguiera.*
>
> *Está tan obcecado que temo que finalmente va a decidir ponerlo todo en marcha sin darme más explicaciones. Reconozco que es audaz, valiente e inteligente, y en cierto modo quisiera unirme a él, pero no me atrevo. No sólo por temor al fracaso, sino por lo imprevisible que es todo esto.*
>
> *Quizá debería concertar una entrevista con ella. Pero debo tener mucho cuidado, no por ella en sí misma, sino por quienes están detrás de ella. Y, por cierto, no es su respaldo periodístico el que me preocupa, pues la señorita Montfort pertenece a lo mejor de la profesión y de la vida, pero la otra parte es negativa, y quizá prevaleciera.*
>
> *Está completamente loco. Ese negro ha perdido el juicio y va a perder el alma y todas las almas que le acompañen en esa locura. Voy a concederme tres días de reflexión sobre el tema, y si no encuentro nada que me convenza le daré un ultimátum.*
>
> *Ha rechazado el ultimátum. No sé qué hacer. Creo que debería llamarla a ella. Pase lo que pase no será peor que lo que él está preparando.*

Brigitte terminó la lectura, y volvió al principio del texto en pantalla para releerlo.

Cuando lo hubo leído por segunda vez, miró al joven Peng, que murmuró:

—¿Quiere que le saque por impresora una copia de este texto?

—Sí, por favor —asintió Brigitte, poniéndose en pie.

Dick Peng encendió la impresora situada a la izquierda del ordenador, y ocupó de nuevo el asiento frente a la pantalla. Por fin, todavía fruncido el ceño, Frank Minello murmuró:

—¿Qué significa todo esto?

—No tengo ni idea, Frankie. Y me parece que Dick tampoco la tiene.

—La verdad es que no —dijo el chino—. Es cierto que mi abuelo y yo la mencionábamos a usted en ocasiones, pero me sorprendí cuando vi que la incluía en este asunto que no entiendo en absoluto. Tampoco entiendo eso de la parte negativa. Y menos que nada lo de la próxima humanidad…

—¿Por qué no se lo preguntó a él?

—Nunca me atreví a preguntarle el significado de las cosas, pues él siempre me explicaba cada cosa a su tiempo. Si mi abuelo estuviera vivo yo nunca le habría mostrado a usted este texto, pero ahora… pienso que quizá de alguna manera esté relacionado con su muerte. La verdad es que no entiendo nada. ¿Lo entiende usted, señorita Montfort?

—No. Quizá podríamos enterarnos de algo si visitásemos a esa persona a la que su abuelo llama «maldito negro». ¿Quién es?

—No lo sé.

—¿Y tampoco sabe nada sobre esas manipulaciones de tipo genético que menciona su abuelo, o esa… próxima humanidad?

—Tampoco.

—Quizá debió usted preguntarle a su abuelo sobre esto, Dick.

—No podía hacer eso. Era él quien elegía siempre nuestros temas de conversación y quien elegía qué confidencias o enseñanzas que quería hacerme y cuándo convenía hacerlas.

—Entiendo. Y es natural, claro.

Dick Peng imprimió el texto, sacó la página de la impresora, y la entregó a Brigitte, que la dobló y la guardó en su bolso.

—Tengo que marcharme ahora —murmuró—, pero me pondré

en contacto con usted si logro encontrar alguna explicación a todo esto. Adiós, Dick. De verdad siento lo ocurrido.

Capítulo II

Charles Alan Pitzer entró en el salón del apartamento de Brigitte Montfort como el mago maravilloso que está convencido de que va a causar la más grande admiración a la concurrencia.

—Adivine qué hemos sabido respecto a ese chino —exclamó.

—¿Tal vez que fue un agente secreto de la vieja China comunista? —sugirió Brigitte.

Pitzer se enfadó.

Simplemente, se enfadó, y ello quedó bien claro por el gesto adusto con que se quedó mirando a la divina espía internacional. Sentado cerca de ésta en uno de los sillones, Frank Minello emitió una risita de auténtico gozo.

—Acabas de darle una patada en los mismísimos —dijo con gran regocijo—. Este viejo buitre pensaba darte la sorpresa del año y resulta que el sorprendido ha sido él.

—¿A usted quién le ha metido en esto? —Se enfadó aún más Pitzer.

—Yo me meto en lo que me da la gana si la cuestión afecta a Brigitte —replicó Frankie—. Y si a usted le gusta, bien, y si no le gusta se aguanta. Pero no venga aquí poniendo caras de malo de película. Además, ¿por qué se enfada? ¿Realmente le sorprende que Brigitte sea una bruja adivina?

Charles Alan Pitzer suspiró, y se dejó caer en un sillón.

—La verdad es que no —admitió por fin—. Pero me hacía gracia la idea de proporcionarle informaciones sorprendentes.

—No podían ser demasiado sorprendentes —dijo Brigitte—. Por el texto que había en el ordenador comprendí enseguida que Wo Peng sabía hace tiempo que yo soy la agente Baby. No importa de dónde y cómo hubiera obtenido la información, aunque me permito suponer que de nadie que me quisiera mal. Una vez comprendido esto, el enigma era saber por qué nunca me delató al Lien Lo Pou, o

a cualquier otro servicio de espionaje que le habría pagado espléndidamente la información; pero la respuesta también era fácil de deducir: el viejo Wo Peng se sentía identificado conmigo y con mi labor como la agente Baby. Para él yo estaba mejor viva que muerta a manos de algún fanático.

—O sea, que ese viejo macaco asesinado hace tres días había sido un espía —farfulló Minello.

—Sí —asintió Pitzer—. Pero de eso hace unos siete años. Desde entonces, se quedó quietecito en Chinatown dedicado a su tienda, su familia, sus versos y sus filosofías.

—¿Y la CIA lo dejó tranquilo? —Se pasmó Frankie.

—Ni mucho menos. Pensamos que algo importante estaba tramando, de modo que le permitimos que se instalara en Chinatown, pero sometiéndolo a una rigurosa vigilancia. Finalmente, nos cansamos y dejamos correr el asunto. A fin de cuentas, Wo Peng nunca había realizado acciones sangrientas ni que atentasen decididamente contra Estados Unidos. Le dejamos en paz, interesándonos por él de cuando en cuando, pero acabamos por olvidarlo.

—Sin embargo —le apuntó Frankie con un dedo—, ese viejo macaco estaba metido en un extraño asunto de manipulaciones genéticas en el que también interviene un «maldito negro»… sobre cuya personalidad no tenemos ni idea.

Pitzer expresó su perplejidad con un gesto.

—Sí, es cierto. Todo esto es muy extraño… Caramba, champán, qué bien…

—Es usted todo un gorrón —masculló Frankie.

Pitzer no le hizo el menor caso. Tomó una copa de champán de la bandeja que le ofrecía Peggy, el ama de llaves de Brigitte. Ambas mujeres sonreían siempre que se producían aquellos amistosos altercados entre Minello y Pitzer. Sabían que la sangre nunca llegaría al río.

Charles Alan Pitzer chascó la lengua tras beber un sorbo, y exclamó:

—¡Caramba, qué bueno está!

—Ya, ya. Y más bueno cuando es gratis, ¿no?

—Total —dijo Brigitte, sonriendo—, que según todas las apariencias el viejo Wo Peng no estaba metido en asuntos

inquietantes desde hace tiempo…, pese a lo cual lo han asesinado a balazos. Para nosotros, tío Charlie, esto tiene que resultar significativo, ¿no es eso lo que piensa la Central?

—Claro —gruñó Pitzer—. Tenemos que pensar que primero ese viejo nos tuvo engañados con esa infinita paciencia de los chinos, mientras preparaba algo muy gordo. Pero, por lo que sea, se asustó del asunto, y especuló sobre la conveniencia de avisar a la agente Baby. Antes de que se decidiera a hacerlo, fue eliminado… Perdone un momento. —Sacó la pequeña radio que emitía leves zumbidos en un bolsillo interior de su chaqueta, y admitió la llamada—… Adelante.

—Soy yo —identificaron todos la voz de Simón-Floristería, el ayudante de Pitzer—… ¿Puedo hablar?

—Sí, no hay cuidado. ¿Qué ocurre?

—¿Recuerda usted el hombre muerto en la estación del metro de Canal Street?

—No…

—El que fue arrollado por el tren, pero que luego se descubrió que tenía tres balas en el cuerpo.

—Sí —dijo Brigitte, que, como Frankie y Peggy, oía perfectamente la voz de Simón—… Un hombre blanco, de unos cuarenta años, bien vestido…, a juzgar por lo que quedó de sus ropas. Quedó en tal estado que incluso se recomendó no proyectar las imágenes por televisión. Ni siquiera se le pudo identificar.

—Exacto. Pero ya ha sido identificado.

—¿Y quién es?

—Fedor Ilyef, un agregado a la embajada rusa, del que hace tiempo sospechamos que es agente de la KGB.

—Vaya, más complicaciones —masculló Pitzer—. Estamos metidos en esto del asesinato del viejo Wo Peng y ahora…

—Perdone, señor —le interrumpió Simón—. No son más complicaciones. Es la misma complicación: como es habitual, el laboratorio de Balística de la Policía de Nueva York ha examinado las balas que encontraron en el cuerpo de ese hombre, y lo mismo ha hecho con las balas halladas en el cuerpo de Wo Peng. Fueron disparadas por las mismas armas. El chino tenía en el cuerpo seis balas, que le fueron disparadas de frente y que correspondían a tres armas: dos balas de cada pistola. El ruso tenía tres balazos, que le

fueron disparados por la espalda con las mismas tres pistolas que se utilizaron contra Wo Peng.

Simón-Floristería dejó de hablar. En la sala del apartamento de Brigitte reinó el silencio durante unos segundos. Por fin, Brigitte preguntó:

—¿Cómo han identificado el cadáver del ruso?

—Lo ha hecho otro agregado a la embajada rusa, un tal Basili Chelkuvenko, que llegó hace poco, entrando en Estados Unidos por Canadá. El tal Basili Chelkuvenko se ha presentado en el depósito y ha identificado a Fedor Ilyef. Así de sencillo. Por supuesto, este Chelkuvenko tiene que ser otro agente de la KGB.

—Podría ser. ¿Qué más noticias tiene?

—Por el momento esto es todo. Me pareció que querrían saber cuanto antes lo de las armas utilizadas contra el chino y el ruso.

—Desde luego que sí. Gracias, Simón.

—Póngase inmediatamente de nuevo en contacto conmigo si surge alguna novedad —dijo Pitzer.

—Sí señor. Adiós.

—Adiós.

Pitzer cerró la radio. Brigitte encendió un cigarrillo. Frankie bebió un sorbo de su copa de champán, y dijo:

—Zambomba, esto sí que tiene misterio: un chino y un ruso asesinados por los tres mismos sujetos…, y un maldito negro que está tramando algo así como el control de la próxima humanidad. ¿Y qué puede significar eso de «próxima humanidad»?

—No tengo ni idea —frunció el ceño Brigitte—. Aunque sugiere novedades en la humanidad…, lo cual no me disgustaría.

—¡Cómo que no!

—Lo que has oído. Por malas que puedan ser esas novedades, por extraña o imperfecta que pueda ser esa próxima humanidad, me permito dudar que sea peor que la actual humanidad.

—Próxima humanidad —murmuró Pitzer—… ¿Qué puede significar? ¿Y qué clase de humanidad podría ser para que un negro pretendiera el control total sobre ella? No sé… Quizá no estamos interpretando bien todo esto, quizá, simplemente, nos estamos haciendo un lío.

—Oiga usted —se enfadó Frank—, que Brigitte y yo sabemos leer, amiguito.

—Evidentemente —murmuró Brigitte, que había quedado pensativa— a Wo Peng lo sorprendieron en su apartamento, o quizá lo sorprendieron en su tienda pero le obligaron a subir al apartamento. Allá, le hicieron sentarse en un sillón, y le metieron de frente las seis balas en el cuerpo.

—Eran buena gente —gruñó Minello—: quisieron que muriese estando cómodo.

—No, no fue por eso, claro está: le hicieron subir arriba porque querían hablar con él antes de matarlo. Como sea, no fueron simplemente a matarlo, sino que antes tenían que decirle algo, o sonsacarle algo, o darle unas órdenes o instrucciones o prohibiciones que Wo Peng rechazó. Acto seguido, lo mataron… Me pregunto si ya habían matado al ruso Fedor Ilyef o primero mataron al chino y luego fueron a por el ruso. A éste le dispararon por la espalda en la estación del metro, derribándolo sobre las vías ya muerto.

—¿Y nadie vio nada?

—Si nadie ha dicho nada al respecto cabe pensar que es sencillamente porque nadie vio nada. O si alguien vio algo ha decidido permanecer en silencio. En cualquier caso, mataron al ruso a una hora tardía de la noche, así que es posible que no hubiera nadie en la estación del metro…, salvo el ruso y sus asesinos, claro está.

—¿Cómo sabes que lo mataron a una hora tardía? —inquirió Frankie.

—Por la hora en que el metro arrolló el cadáver. Cuando esto sucedió debía de hacer muy poco que habían disparado contra Fedor Ilyef. Es decir, le dispararon entre la salida de un tren y la llegada del siguiente a la estación de Canal. No podemos tener ninguna duda respecto a la hora en que lo mataron, pues si lo hubieran matado antes, antes habría arrollado el metro su cadáver. O sea, que a Fedor Ilyef lo mataron a la hora aproximada en que mataron a Wo Peng. Tío Charlie, quisiera que los muchachos del Sector investigaran a fondo todo lo relacionado con este asunto.

—Daré la orden inmediatamente —aseguró Pitzer—… Demonios, yo también quisiera saber qué clase de relación había entre Fedor Ilyef y Wo Peng. Y en cuanto ese «maldito negro»… ¿quién puede ser? ¿Cree que los hijos o nietos de Wo Peng lo

saben?

—No, no lo creo —rechazó Brigitte—, pero llamaré a Dick Peng por si él, hablando con la familia, ha conseguido reunir algún dato que pueda orientarnos. En cualquier caso, no tenemos verdaderos motivos para suponer que ese negro tenga algo que ver con la muerte de Wo Peng. Puede ser algún asunto de la mafia china, o algo parecido.

—Leyendo el texto que le facilitó a usted el joven Peng, yo me inclino a creer que en esto ha intervenido el negro que se menciona.

—Un ruso, un chino y un negro —murmuró Frank Minello—… Ahora sólo falta que intervenga en el asunto un indio americano y ya tendremos representadas las cuatro razas básicas de la humanidad: blanca, negra, amarilla y cobriza.

Todos se lo quedaron mirando, Peggy de modo especial, con los ojos muy abiertos. Brigitte terminó por sonreír, y miró a Pitzer, que tenía el ceño fruncido.

—Ya ve, tío Charlie: otra de las tonterías de Frankie.

—No es ninguna tontería —gruñó el veterano espía; terminó su copa de champán y se puso en pie—… Voy a ocuparme personalmente de algunas cosas. La avisaré en cuanto sepamos algo.

—Si fuese posible me gustaría tener una charla con Basili Chelkuvenko. Desde luego, en un sitio abierto y donde podamos controlar la situación… Si está ocurriendo algo grave no tenemos por qué comprometernos más de la cuenta, ¿verdad?

—Desde luego. Veré qué puedo hacer al respecto.

El jefe del Sector New York de la CIA se despidió, y abandonó el apartamento de la agente Baby. Frank Minello se quedó mirando su copa de champán vacía. Luego miró a Brigitte.

—¿Cómo te fue tu última estancia en Villa Tartaruga?

—Como siempre —sonrió Brigitte—: estupendamente, claro.

—Si te hubieses quedado allí ahora no tendrías que meterte en este asunto.

—Meterme en asuntos como éste es mi trabajo.

—No señorita, no es así: tu trabajo es escribir artículos y reportajes periodísticos.

—Vaya, Frankie, no digas tonterías. ¡Siempre he sido más espía que periodista!

—Ajá, ahí quería yo ir a parar: ¿no crees que ya va llegando el

momento de que compenses esa diferencia, de que vayas olvidando a Baby y te dediques a ser Brigitte Montfort y solamente Brigitte Montfort?

—La verdad es que sí —suspiró Brigitte—. Pero dime la verdad: ¿no sientes tú también un gran interés por saber qué puede significar todo esto, especialmente lo referente a esa… próxima humanidad?

—Sí —gruñó Minello—. Pero yo no me juego la vida para saberlo.

—Es que tú eres solamente periodista —sonrió la divina—, y yo, querido, pase lo que pase soy y seré siempre la agente Baby. Y otra cosa: ¿sabes lo que podrías hacer ahora?

—¿Cantar algo?

—No. Imitar a tío Charlie, o sea, largarte. Es ya muy tarde, y quiero descansar, pues sospecho que mañana voy a tener un día bastante molesto.

—Quizá tengas razón en eso de que la próxima humanidad no podrá ser nunca peor que la actual, que se está degradando a ojos vista. Y si no, acabas de darme la prueba por ti misma, echándome de tu casa. ¡Nunca antes lo habías hecho!

—¡No digas mentiras! —Rió Brigitte—. ¡Te he echado muchas veces, y seguiré haciéndolo muchas más, porque eres un pelma! ¿Quieres hacer el favor de marcharte, a fin de que Peggy y yo podamos acostarnos?

—Está bien —Frank Minello se puso en pie—. ¿Te recojo mañana para ir al Morning?

—No. Tengo que hacer un par de gestiones antes, así que tomaré un taxi… Ya nos veremos allí.

—¿Qué gestiones has de hacer?

—Comprarme ropa interior en
Rachel's.

—Zambomba, en eso soy especialista. Podría acompañarte, ver qué prendas te pruebas y darte una opinión de experto que…

—Frankie, ¿quieres hacer el favor de marcharte?

—O también podría subir para llevarte el desayuno a la cama y…

—Sabes muy bien que jamás como ni bebo nada en la cama.

—Bueno, en ese caso podría…

—¡Frankie! ¡Ya basta!

—Está bien. Buenas noches. Que sueñes con los angelitos. En cuanto a mí, estoy seguro de que soñaré con chinos, rusos, indios y negros que… ¡Está bien, ya me voy, ya me voy…!

Realmente, por fin, Frank Minello se fue. Brigitte y Peggy oyeron el batir de la puerta del apartamento. Peggy fue a colocar el sistema de cierre electrónico de seguridad y alarma.

Brigitte Montfort, alias Baby, quedó absorta.

Su intuición le decía que fuese lo que fuese lo que se estaba fraguando era un asunto muy inquietante. Muy peligroso.

Un ruso, un chino y un negro. El ruso estaba muerto. El chino estaba muerto… ¿Dónde estaba el negro?

Capítulo III

Efectivamente, poco después de las diez de la mañana Brigitte Montfort llevó a cabo dos gestiones de índole particular: encargó ropa interior en la *boutique* Rachel's, de la Quinta Avenida, no muy lejos del Crystal Building, y visitó a su banquero, que la había llamado el día interior para citarla a fin de conversar respecto a unas inversiones.

Luego, tomó un taxi para trasladarse al Morning News…, y en todo momento persistió la sensación de estar bajo la atenta y fija mirada de alguien.

No obstante, llegó al edificio del Morning sin tropiezo alguno. Pagó al taxista, cruzó la acera, y entró en el amplio vestíbulo siempre atestado de gente que entraba, salía o conversaba allí mismo. Brigitte siempre decía que el vestíbulo del Morning News era como una agencia periodística especial en la que se recogían y comentaban noticias de todo el mundo.

Algunos colegas la saludaron, de viva voz o por gestos, y Brigitte, sin dejar de corresponder, recorrió rápidamente el vestíbulo hacia la zona donde se hallaban los tres ascensores de uso reservado a los más altos ejecutivos del periódico. Estos ascensores comunicaban el garaje subterráneo, el vestíbulo principal, y las dos últimas plantas del edificio, sin paradas intermedias, es decir, sin salida a cualquier otra planta del edificio.

Llamó el ascensor número dos, y la cabina se abrió ante ella a los pocos segundos. Entró, volviéndose para mirar distraídamente hacia el vestíbulo mientras alzaba la mano derecha para oprimir el botón correspondiente a la planta donde tenía su despacho…

El atlético negro llegó corriendo, y se metió en el ascensor, mirando sonriente a Brigitte y soltando un resoplido.

—¡Por poco se me escapa! —Exclamó; su mirada buscó el tablero de botones selectores de piso—. Yo voy a la planta veintitrés. ¿Y usted?

La señorita Montfort se quedó mirando inescrutablemente al negro. Era alto, fuerte, hermoso, de mirada directa. Vestía bien, tenía buenos modales, resultaba simpático. Él la estaba mirando expectante, como sorprendido por su silencio.

—Este ascensor —dijo por fin Brigitte, muy suave— no se detiene en la planta veintitrés. Es de uso privado.

El negro volvió a sonreír, y, sin dejar de mirar a Brigitte, alzó una mano y pulsó el botón correspondiente a la última planta del edificio. Las puertas se cerraron, y la cabina emprendió veloz ascensión. El negro sacó una navaja, accionó el resorte, y una aguda, afilada y reluciente hoja de acero de unos quince centímetros apareció ante los ojos de Brigitte Montfort.

—Súbete la falda —exigió el negro.

Brigitte obedeció, lentamente. El negro asió el borde de la braguita de color azul pálido, y la arrancó de un violento tirón con la mano izquierda. Acto seguido, con la misma mano asió la resplandeciente cabellera de Brigitte.

—Arrodíllate ante mí y hazme una felación. ¡Vamos, deprisa!

La serena mirada azul de la espía más peligrosa del mundo pareció clavarse en los ojos del joven y atlético negro. Podía leer en ellos en verdad como si los pensamientos del hombre se expusieron en una pantalla de clarísimas imágenes: la iba a matar, pero antes quería forzarla sexualmente, para que la acción pareciese propia de un violador vulgar y corriente que tras cometer la agresión sexual había decidido matarla o se había visto obligado a ello por miedo o cautela.

Lo que ocurría era que, debido a la tensión y la agitación del momento, el negro no estaba en condiciones sexuales adecuadas para penetrarla, y quería que ella acelerase su erección.

Pero en realidad quería matarla por algo relacionado con Wo Peng, con el asesinato del viejo filósofo chino.

—¡Vamos! —Exigió ferozmente el negro, tirando de los cabellos de Brigitte—. ¡Haz lo que te he dicho!

Apoyó la punta de la navaja en un lado de la garganta de la espía. Ésta, sin inmutarse, alzó su mano izquierda, sujetó la muñeca

izquierda del negro, y la hizo girar fuertemente, como si estuviera manejando el manillar de una moto a la que diese gas; al mismo tiempo la desviaba, apartándola de su cuello, y simultáneamente disparaba su puño derecho describiendo un breve y veloz arco, de modo que el nudillo central del dedo corazón impactó con seco chasquido en la sien izquierda del negro.

Éste, que había abierto mucho los ojos, había empezado a lanzar una exclamación de dolor y sobresalto, y, al mismo tiempo, hacía un gesto para recuperar el dominio de la navaja, terminó por soltarla, emitió de pronto un fuerte ronquido, sus ojos se velaron, y pareció que todo su cuerpo acabase de recibir una tremenda descarga eléctrica.

Todavía intentó, de un modo torpe y débil, desasir su muñeca, pero entonces recibió en plenos testículos el tremendo rodillazo aplicado por la señorita Montfort, que arrancó de sus entrañas un sordo bramido como de buey reventado. Cayó de rodillas pesadamente ante Brigitte, y ésta, sin miramientos ni consideraciones, volvió a golpearle en la sien, del mismo modo.

El negro emitió un extraño suspiro, y cayó de bruces.

El ascensor se detuvo.

Las puertas se abrieron automáticamente ante el vestíbulo de distribución de la planta.

No había nadie allí en aquel momento, por fortuna.

Brigitte pulsó el botón correspondiente al estacionamiento subterráneo, las puertas se cerraron, y la cabina emprendió veloz descenso. La espía se acuclilló junto al negro, y puso dos dedos en una de sus carótidas. Estaba muerto.

Es decir, que la señorita Montfort había llegado a un punto de eficacia en cuanto a defensa personal y conservación de su vida sencillamente escalofriante. Demasiado años de jugarse la vida; demasiadas veces que, en fracciones de segundo, había tenido que decidir entre su vida y la de su agresor.

El ascensor se detuvo.

Las puertas se abrieron.

Es la ventaja de utilizar ascensores privados que además sólo van del sótano y/o el vestíbulo a determinadas plantas: a aquellas horas intermedias de la mañana los utilizan muy pocas personas.

Brigitte agarró al negro por la ropa del cuello, y lo sacó del

ascensor arrastrándolo… En aquel mismo instante tuvo la certeza absoluta, la revelación deslumbrante, de que aquel hombre no estaba solo. Nunca actuaban solos, para hacer una cosa así. Como mínimo, para hacer el trabajo aquel hombre debía de haber contado con un compañero.

Sí, por lo menos otro hombre, posiblemente también de raza negra. Se los imaginó a los dos paseando por la Quinta Avenida, vigilando con disimulo la puerta del Crystal Building, esperando que saliera la señorita Montfort, a la que sin duda conocían sobradamente por revistas y programas de televisión…

Les habían ordenado matarla, eso era todo.

Arrastrando de modo inmisericorde al negro, Brigitte salió a la planta del garaje, donde tampoco parecía haber nadie, al menos lo suficientemente cerca para causar problemas.

En alguna parte, oyó el chasquido de una portezuela al cerrarse. Arrastró más deprisa el cadáver, y lo colocó entre dos automóviles estacionados, entre los cuales se escondió, encogiéndose.

Al poco, un hombre empleado en una de las oficinas de los pisos intermedios pasó hacia una de las puertas que se abrían al vestíbulo de los ascensores corrientes. Se oyó el chasquido de esta puerta.

Brigitte alzó al negro hasta colocarlo de pie lo mejor que pudo, apoyándolo en uno de los coches, y se lo cargó sobre el hombro derecho. Pocos segundos después se hallaba junto al coche de Miky Grogan, su jefe periodístico desde hacía tanto tiempo. Dejó el cadáver bajo el coche en la parte de atrás, de modo que nadie podía verlo, y, tras recomponer un poco su aspecto, abandonó el garaje. Apenas dos minutos más tarde aparecía en el antedespacho de Miky Grogan, fresca y tranquila como si acabase de salir de un baño perfumado. La secretaria de Grogan la saludó sonriente, y eso fue todo. La señorita Montfort podía entrar y salir del despacho de *Mr*. Grogan cuando quisiera, como si fuese el suyo propio.

Grogan, sentado tras su mesa, alzó la mirada al oír abrirse la puerta, y, tras los cristales de sus gafas, los cansados ojos se reanimaron al ver a Brigitte.

—Ah, Brigitte, buenos días… Precisamente acaba de llamarme Pitzer preguntando por usted. Al parecer no conseguía localizarla, así que optó por recurrir a mí. ¿Ocurre algo?

—¿Sabe, Miky? —Sonrió cariñosamente la espía—. Usted es tan

cabezota como tío Charlie: hace mucho tiempo que tendría que estar descansando.

—No estoy cansado —gruñó Grogan—, así que no sé de qué ni por qué tengo que descansar. ¿Y Frankie?

—Supongo que en su despacho. No hemos venido juntos esta mañana, porque yo tenía que hacer un par de gestiones antes. Miky, ¿puede prestarme su coche?

—Naturalmente. Pero tengo entendido que usted tiene dos o tres automóviles. ¿No es así?

—Es así, pero necesito su coche. Lo tendrá de nuevo en su plaza del garaje dentro de un par de horas.

—Sé que algo está pasando —suspiró Grogan, entregando las llaves de su coche a Brigitte—, pero ya nadie le cuenta nada a este pobre viejo.

—Le daré un avance de un reportaje que pronto publicará el Morning. Ese avance es sólo su título: Próxima Humanidad. ¿Qué le parece?

—Próxima humanidad… Próxima humanidad. Me gusta. Es muy sugerente. Tal parece como si fuésemos a cargarnos a toda la escoria que es hoy la humanidad y fuésemos a hacer una nueva humanidad.

—¿Verdad que no estaría mal?

—No, no estaría mal.

—Pues eso. ¿Qué quería tío Charlie?

—Algo retorcido, como siempre. Dijo que lo llamase usted a la floristería, pues le tiene preparada una entrevista con quien usted ya sabe.

Basili Chelkuvenko vio acercarse a la muchacha rubia, y la miró con relativo interés.

Era alta, de buena figura, bien vestida… Se quedó con las ganas de verle los ojos, pues la desconocida llevaba gafas de cristales oscuros. La primavera era espléndida en Central Park, de modo que las gafas de sol de la rubia estaban justificadas…

Lo que no estaba tan justificada era la vigilancia a que lo estaban sometiendo los agentes de la CIA que le habían hecho la propuesta aquella mañana. Lo habían citado en Central Park, le habían dicho que buscase determinado banco cerca del lago, y que se sentase a esperar.

Y eso estaba haciendo.

Pero esperando… ¿qué?

Además, ¿por qué lo vigilaban tanto? Había no menos de cuatro agentes de la CIA distribuidos cerca de él, sin perderle de vista.

A decir verdad, Basili Chelkuvenko estaba de un humor de perros.

No sólo habían asesinado a su camarada Fedor Ilyef cuatro días antes, sin que hasta la fecha se hubiera hallado a los culpables o alguna explicación al asesinato, sino que el hecho de que la CIA le hubiese abordado tan directamente significaba que él había quedado en evidencia, lo que a su vez significaba que tendría que abandonar aquella zona de trabajo y largarse a otra parte del mundo. Todo ello, sin saber quién ni por qué se había cargado a Fedor Ilyef.

—Buenos días, camarada Chelkuvenko —saludó amablemente en ruso la rubia—. Tengo la impresión de que está bastante preocupado.

Basili Chelkuvenko apenas se sorprendió. Sólo se desconcertó un poco y muy brevemente.

Acto seguido, miró a los hombres de la CIA que no le quitaban la vista de encima, y de nuevo a la rubia, que se había sentado a su lado, a pleno sol, lo que parecía agradarle mucho.

La reacción de Basili Chelkuvenko fue rápida, demostrando que tenía muy buenos reflejos.

—Lo estaba —admitió—. Pero ya no lo estoy.

A través de los cristales impenetrablemente oscuros de sus gafas, la rubia contemplaba al agente de la KGB: buena estatura, anchos hombros, unos cuarenta años, cabellera crespa, penetrantes ojos oscuros… Era un sólido ejemplar de la madrecita Rusia.

—Lo celebro —terminó por sonreír la rubia—. Eso significa que está usted barruntando quién soy yo.

—Sí. Y si usted interviene cabe esperar que, cuando menos, las cosas se aclaren un poco. Por supuesto, la CIA no ha tenido nada que ver con la muerte de Fedor Ilyef.

—Claro que no. Precisamente de eso quería hablarle… ¿A qué se estaba dedicando su camarada Ylief estos últimos días?

—Yo no puedo revelar esas cosas, compréndalo.

—¿Por qué no?

—¿Acaso usted lo haría? Imagínese la situación al revés: usted está en Moscú, unos camaradas míos la citan sin darle explicaciones, pero haciéndole comprender que está usted al descubierto y que lo mejor que puede hacer es portarse bien, y luego aparece nuestro mejor agente preguntándole qué hace usted allí y a qué se dedicaba uno de sus Simones que ha sido acribillado a balazos en el metro de Moscú… ¿Usted daría esa clase de información a la KGB?

—Yo no le estoy pidiendo que me informe respecto a todos los planes de la KGB. Sólo le pregunto por las actividades de su camarada Fedor Ilyef, y lo hago porque tengo la esperanza de que saber eso podrá resultarme muy útil para llegar hasta el fondo de un asunto importante… ¿Estaba trabajando Fedor Ilyef en algo relacionado con negros…, o con un negro?

—Que yo sepa no.

—¿Y qué es lo que sabe usted?

—Maldita sea mi estampa, ¡usted me está poniendo en un apuro, Baby!

—Basili, usted sabe que si colabora conmigo nunca va a salir perjudicado. Lo sabe con toda seguridad, ¿no es así? Deje aparte el nuevo giro de las relaciones ruso-americanas, deje aparte la historia y los días de negra enemistad… ¿Sabe o no sabe usted que la agente Baby no le va a traicionar ni a perjudicar de ningún modo a menos que sea usted un criminal?

Basili Chelkuvenko se pasó la lengua por los labios. Luego, murmuró:

—Fedor Ilyef estaba vigilando a un chino.

—¿Al viejo Wo Peng?

—¡¿Cómo sabe usted eso?! —exclamó el ruso.

—Tenga por seguro que se lo explicaré, pero en su momento.

—Convendría que no demorase usted su información —gruñó Chelkuvenko—, porque nosotros no estamos dispuestos a pasarle esto por alto a los chinos…

—No son los chinos los que han matado a Fedor Ilyef.

Basili Chelkuvenko se quedó mirando fascinado a la espía americana.

—¿No? —susurró.

—No. Pero si hubieran sido ellos resultaría comprensible:

alguien asesinó a Wo Peng, y Fedor Ilyef andaba cerca de él, espiándolo. Así que los chinos podrían haber pensado que había sido Fedor Ilyef quien había cometido el asesinato, y decidieron vengar al viejo filósofo.

—De ninguna manera creo que Fedor Ilyef se cargase a Wo Peng.

—De acuerdo. Pero tampoco crea que los chinos mataron a su camarada. ¿Por qué vigilaban a Wo Peng?

—Era un viejo pillastre que tiempo atrás nos complicó muchas veces la vida, especialmente en acciones en la frontera con China. De repente, desapareció, ya no volvió a actuar. Y luego apareció tan campante en Nueva York, donde se instaló en una de las tiendas de su familia y se dedicó a hacer provechosas importaciones… Todo un comerciante. ¡Maldita sea, estoy seguro de que de un modo u otro ese viejo granuja nos ha estado tomando el pelo!

—No. El viejo Wo Peng estaba dedicado en los últimos tiempos a escribir versos y filosofías, eso es todo. Ya no era espía, no hacía más que escribir y leer y aprender a utilizar un ordenador con uno de sus nietos. Olvide a los chinos.

Fruncido el ceño, Basili Chelkuvenko estuvo reflexionando unos segundos. Por fin, masculló:

—Entonces… ¿quiere decir que ha podido ser un negro… o varios negros? A mí me parece absurdo.

—Dígame una cosa: ¿ha estado usted muchas veces en Central Park, o es la primera vez que viene?

—No es la primera vez, pero he estado pocas veces… No más de tres o cuatro.

—Yo he venido muchísimas veces. Lo conozco muy, muy, muy bien. Tanto, que puedo captar en él sutiles diferencias en las que nadie repararía. Mucho más, por consiguiente, captaría diferencias o novedades digamos… insólitas y evidentes.

—No entiendo bien qué está tratando de decirme.

Brigitte miró hacia la Quinta Avenida. Vio el Crystal Building, en el cual vivía, y desde el cual, desde la terraza de su apartamento situado en el piso veintisiete, tantísimas veces había contemplado el Central Park. En realidad, el Central Park formaba parte de su vida desde la infancia. Por supuesto que lo conocía muy, muy, muy bien.

—Nunca he visto tantos negros en Central Park —murmuró.

El desconcertado ruso parpadeó.

Luego, despacio, desvió la mirada del rostro de Baby, y la dirigió en lento recorrido por su entorno, como queriendo fotografiar aquella parte del parque, cercana a los Jardines Botánicos.

En efecto, había muchos negros paseando por el parque, ya fuese en parejas, formando pequeños grupos de amigos, o grupos familiares con bastantes niños, ancianos tomando el sol…

Muchos.

Pero él sabía muy bien que en Nueva York había muchos negros, especialmente en Harlem.

—No sé qué decirle —murmuró—… ¿Tiene algún significado especial? Quiero decir que todos sabemos que en Nueva York hay muchos negros. ¿Acaso nunca vienen a Central Park?

—Desde luego que sí. Pero nunca he visto tantísimos negros en el parque. No se trata sólo de los que tenemos cerca: todo el parque está lleno de negros de todas las edades. Familias enteras. Me he cerciorado antes de reunirme con usted, dando un rápido paseo.

—Lo siento, pero no sé interpretar qué significado puede tener esto —murmuró Basili Chelkuvenko.

Baby abrió su bolso, y sacó una pequeña radio de bolsillo, que tendió al espía soviético.

—Vaya a su embajada, o adonde sea, y averigüe si de algún modo su camarada Ylief tuvo tratos con negros, y, mejor todavía, con un negro en especial. Cuando tenga esa información, llámeme.

—¿Y si yo decidiese no colaborar con usted y hacer las cosas por mi cuenta aprovechando que ya sé que puede haber intervenido uno o varios negros en esto?

La rubia sonrió simpáticamente, y miró su relojito de pulsera.

—Son las doce y veintidós minutos de la mañana —dijo apaciblemente—… Si a las dieciocho horas y veintidós minutos del día de hoy usted no me ha llamado por medio de esta radio tenga por cierto que a las dieciocho horas y treinta minutos se encontrará, sin saber cómo, en un avión rumbo a Moscú, y mañana su fotografía aparecerá prácticamente en todos los periódicos de Estados Unidos. ¿Me he explicado?

—Sí.

Baby se puso en pie.

—Le deseo un agradable almuerzo, camarada Chelkuvenko.

Capítulo IV

Poco después, la rubia salía de Central Park precisamente por la Quinta Avenida.

En el acto, un automóvil apareció, y se detuvo junto a ella, que se apresuró a introducirse en la parte de atrás, donde un sujeto de unos cuarenta años, recio, macizo y con cara de malas pulgas la miró fijamente.

—¿Alguna contrariedad? —inquirió.

—Claro que no —sonrió ceñudamente Baby—. Vamos, tranquilícese. En la vida todo cambia. Incluso el espionaje.

—Cambian los recursos y los sistemas del espionaje, pero no las personas que ejercemos el espionaje.

—Tiene usted razón —sonrió Baby—: un espía es siempre un espía.

—En efecto. Y a mí nunca me han gustado los rusos. Todavía menos, como espías.

—No vamos a discutir por eso. ¿Están en lugar seguro Frankie y Peggy?

—Desde luego. No se preocupe por ellos…, salvo que le preocupe que el señor Minello esté muy enfadado. Oiga —el jefe de servicios de seguridad personal del Sector New York de la CIA estaba desconcertado—, ¿qué pasa en Central Park?

—¿A qué se refiere?

—Está lleno de negros. Y cuando digo lleno de negros…

—Le entiendo. Pero no sé qué pasa.

—Pues algo está pasando.

—Sí —murmuró Brigitte.

El joven conductor del coche blindado la miraba por el espejo retrovisor. Baby le sonrió, y quedó enseguida sumida en reflexiones poco tranquilizadoras.

Por supuesto, para abandonar el edificio del Morning News (tras

conversar en lenguaje clave con Pitzer por teléfono) lo había hecho disfrazada someramente con una peluca rubia que se puso en uno de los lavabos de una planta intermedia antes de bajar al vestíbulo utilizando uno de los ascensores normales.

Al llegar al vestíbulo había mirado hacia los ascensores especiales, pero no había visto cerca de esa zona a ningún otro negro que pudiera estar esperando al que había querido matarla. Salió a la calle sin que nadie la hubiera reconocido, pero sí se le acercó enseguida un sujeto atlético, al que entregó las llaves del coche de Miky Grogan, indicándole la matrícula y diciéndole que el negro muerto estaba bajo el coche.

Luego se había dirigido a Central Park a entrevistarse con Basili Chelkuvenko. Y ahora iba hacia uno de los puntos operacionales de la CIA en la ciudad de Nueva York, pero no sabía cuál. Ni siquiera tenía importancia, pues sería un lugar seguro.

Poco después, el coche descendía por una rampa hasta un reducido garaje subterráneo, desde el cual, en ascensor, subieron a determinada planta de un edificio.

Al salir del ascensor, Brigitte divisó los *docks* a través de unos ventanales. La puerta de uno de los apartamentos de aquel pasillo se abrió, y en el umbral apareció Pitzer. Brigitte y los dos hombres de la CIA entraron en el apartamento, y Pitzer los condujo a todos hacia la sala, donde había dos hombres más.

—¿Todo ha ido bien? —inquirió Pitzer.

Brigitte se quitó la peluca y las gafas de oscuros cristales reflectantes, se sentó, encendió un cigarrillo y explicó su conversación con Basili Chelkuvenko, escuchada muy atentamente por todos. Pitzer fumaba en su vieja cachimba.

—Y eso es todo —terminó la divina—. Aparte de que Central Park está lleno de negros. Y cuando digo lleno quiero decir lleno. Pero no me pregunte qué significado puede tener esa concentración de negros, tío Charlie.

—Jamás he visto tantos negros en el parque —machacó el jefe de los servicios de seguridad.

—Por supuesto debe significar algo —murmuró Pitzer; miró de nuevo a Brigitte—. Bien, no hemos conseguido captar a ningún otro negro que pudiera querer matarla, lo cual es lógico si consideramos que, aun suponiendo que hubiera estado por los alrededores del

Morning News, no pudo ver salir de uno de los ascensores o del edificio a la señorita Montfort, o sea que quizá todavía esté por allí esperando…

—No. Lo más seguro es que la tardanza de su compañero le haya alarmado, y ya haya ido a dar el parte de que no hay noticias de que Brigitte Montfort haya sido asesinada y en cambio su compañero no aparece por parte alguna… ¿Adónde llevaron el cadáver?

—A la Morgue…, pero discretamente, digamos a un departamento especial, donde le han tomado las huellas digitales para enviarlas a la Central, y lo tienen en un cajón frigorífico a la espera de que tomemos decisiones definitivas sobre él.

—Ni siquiera me interesé por saber quién era. ¿Qué sabemos al respecto?

—Aparentemente, se llamaba Henry Fowler, pero ya veremos qué dicen sus huellas. Entre otras cosas, le encontramos encima una pistola con silenciador, que hemos enviado a Balística. Las demás cosas las tenemos aquí —Pitzer señaló una mesa—. ¿Quiere verlas?

Brigitte asintió, se puso en pie, y se acercó a la mesa. La navaja estaba allí, así como la billetera y la documentación que ésta había contenido, efectivamente a nombre de Henry Fowler. Cigarrillos, encendedor, llaves al parecer de un apartamento, dos pañuelos, dos sortijas, un reloj… No había nada que pudiera serles de más utilidad que las huellas digitales para obtener alguna pista del tal supuesto Henry Fowler.

—En alguna parte —susurró Baby— hay otros dos negros que deben de estar buscando a la señorita Montfort para liquidarla…, pero antes querrán preguntarme por el paradero de su compañero.

—Sí —asintió Pitzer, evidentemente preocupado—, sin duda está usted en el punto de mira de esa gente. La pregunta es: ¿por qué?

—Porque me vieron en la tienda de Wo Peng —dijo Brigitte.

—Si es por eso había mucha gente en la tienda de Wo Peng —gruñó Pitzer.

—De raza blanca, no. Y de raza negra no había ni una. Prácticamente todas las personas que se han interesado de un modo u otro por el viejo Wo Peng eran de raza china. Así que Frankie y yo llamamos la atención, y está claro que se interesaron por nosotros y

que no tardaron en saber quiénes éramos.

—Pero a él no han intentado asesinarlo.

—No. Él es periodista deportivo, no sociopolítico.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que no han intentado matarme por ser la agente Baby, sino por ser la periodista Brigitte Montfort…, a la que el viejo Wo Peng pudo quizás haberle hecho alguna confidencia o denuncia respecto a las intenciones del «maldito negro». Estoy segura de que Wo Peng nunca me delató a nadie como la agente Baby. Ni habló de mí en ningún sentido con nadie. Era un secreto que guardaba muy discretamente, quizás a la espera de que, ya fuese a él directa y personalmente o bien a su querida familia, algún día ese secreto pudiera serle de mucha más utilidad que la que le habría reportado delatarme al Lien Lo Pou o a cualquier otro servicio secreto… Pero vamos a ponernos en lugar del «maldito negro»… Él sabe que últimamente Wo Peng no estaba de acuerdo con él en sus planes, quizá porque Wo Peng incluso llegó a amenazarlo con denunciarlos. Entonces, el «maldito negro» decide eliminar a Wo Peng, y le envía tres asesinos. Lo matan. Y al entierro de Wo Peng acude nada menos que la incordiante e intransigente periodista Brigitte Montfort… ¿Qué pensaría usted si estuviera en el lugar del «maldito negro»?

—Que Wo Peng le había dicho a usted algo sobre mis planes —gruñó Pitzer—… Pero antes de encargar que la matasen yo querría asegurarme de esto, así que habría ordenado que la interrogasen al respecto…, y según usted misma ha explicado el negro del ascensor no le hizo preguntas, sólo quería matarla.

—Lo cual prueba —sonrió secamente Baby— que nuestro misterioso «maldito negro» no se anda con contemplaciones, que sólo le interesan resultados prácticos. ¿La señorita Montfort sabe algo de mis proyectos respecto a esa… próxima humanidad? Pues se la elimina y en paz.

—Eso es muy rudimentario —frunció el ceño Pitzer.

—Sí. Pero eficaz. ¿Qué dicen los sesudos analistas de la Central respecto a eso de la próxima humanidad?

—Por el momento, nada. Quizá nos digan alguna cosa cuando nos pasen información sobre las huellas del tipo del ascensor —Pitzer miró su reloj—… Voy a llamar a Balística: me dijeron que

procurarían tener el resultado a la una. Si quiere cambiarse de ropa encontrará en el dormitorio grande la maleta que Peggy nos preparó antes de que los muchachos se la llevaran de su apartamento.

Brigitte asintió, y se dirigió hacia el pasillo. Encontró una de sus maletas en un dormitorio, la abrió, y aprobó con un gesto la selección hecha por Peggy; no podía ser de otro modo, después de tantos años de vivir juntas. Sin duda, Peggy era una de las personas que mejor conocían a Brigitte Montfort…, y a la agente Baby. Incluso, dentro de la maleta, estaba el maletín rojo con florecillas azules estampadas que contenía los trucos de la espía más peligrosa del mundo.

Pitzer apareció en el dormitorio cuando Brigitte, totalmente desnuda, se disponía a vestirse con ropas de la maleta. El viejo espía puso los ojos en blanco, haciendo reír a Brigitte, que exclamó:

—¡Vamos, tío Charlie, no venga con fanfarronadas…! A su edad ya no podría usted hacer lo que está pensando.

—¿Me deja intentarlo?

—Es usted un viejo vicioso y libidinoso. —Brigitte se puso el sujetador—… ¿Qué le han dicho de la pistola de Henry Fowler?

—Es una de las tres que se utilizaron para asesinar a Wo Peng y a Fedor Ylief. No hay la menor duda al respecto.

—Bien… Ya nos esperábamos que fuese así, ¿verdad? Por tanto resulta fácil imaginarse a tres negros sorprendiendo a Fedor Ylief en la estación del metro en Canal Street y disparándole por la espalda de modo que lo tiran, ya muerto, a las vías. En cuanto al viejo Wo Peng… no es agradable imaginárselo sentado en un sillón contemplando a tres hombres que se disponen a acribillarlo… En fin, que estamos buscando a un maldito negro que contrata a negros asesinos profesionales.

—No sabremos si Fowler era profesional hasta que nos pasen información los de la Central. Tenemos un buen surtido de víveres en el frigorífico. ¿Qué le gustaría almorzar?

—Cualquier cosa —Brigitte frunció el ceño de pronto—. Tío Charlie, quiero que envíe un par de muchachos a Central Park, para que indaguen sobre la presencia de tantos negros en el parque… Pero no envíe agentes blancos, sino negros.

—Buena idea. Llamaré a Simón para que busque en los archivos

un par de agentes o colaboradores negros y los envíe allá… ¿Cree que Basili Chelkuvenko la llamará por la radio?

—Desde luego. Lo que no puedo garantizar es que sus informes sean útiles para nosotros…, y ni siquiera sinceros. Pero como usted sabe, tío Charlie, estamos jugando el juego, así que… todos tendremos que atenernos a las consecuencias.

A las cuatro y media de la tarde llegaron informes de la Central, referentes al asunto.

—Los analistas siguen sin atreverse a dar una respuesta concreta respecto al posible significado de «próxima humanidad» —dijo Pitzer—. En cuanto a Henry Fowler, se llama realmente así, estuvo en la Marina, y no tiene antecedentes delictivos de ninguna clase.

—O sea, que no era un profesional del asesinato.

—No. Sabía usar las armas y luchar, pero no era un asesino profesional.

—Ni tenía antecedentes —reflexionó Brigitte—… Claro, todo encaja.

—¿Todo? ¿A qué se refiere?

—Ese hombre estaba muy nervioso en el ascensor… Le habían dado la orden de matarme de modo que pareciera obra de un vulgar violador, y estaba dispuesto a hacerlo, del mismo modo que había intervenido en los asesinatos de Wo Peng y de Fedor Ylief. En la Marina enseñan a luchar, ya sea para defenderse o para matar…, pero no enseñan a violar mujeres en un ascensor y en diez segundos. Él estaba dispuesto a cumplir la orden, pero su… fisiología no respondía a la orden mental, precisaba… estímulos aplicados directamente a su sexo.

—Entiendo. Eso significa que usted cree que los otros dos tampoco son asesinos profesionales.

—Sí, eso creo. Eficaces con las armas, valientes, decididos…, pero no unos asesinos. Sin embargo, asesinan a quienes les ordenan. ¿Qué le sugiere esto a usted, tío Charlie?

—¿Fanatismo?

—Exacto. O sea, que ese «maldito negro» los está… manipulando de alguna manera.

—¿Podría significar eso que la próxima humanidad estará compuesta por gente a la que le habrían lavado el cerebro?

La divina espía miró socarronamente a Pitzer, y, de pronto, se

echó a reír.

—¡Tío Charlie! —exclamó—. ¡Hace muchos siglos que a la humanidad le han lavado el cerebro y la manipulan como quieren! Sistemas políticos, religiosos, culturales, sociales, sexuales… ¿qué son todos ellos sino grandes métodos bien estudiados y utilizados para tener a la humanidad entera sometida a los diversos y siniestros intereses de los grupos dirigentes? ¡Vamos, claro que no se trata de eso!

—Pues no se me ocurre a qué otra cosa podemos referirnos si hablamos de una próxima humanidad —gruñó Pitzer.

Brigitte Montfort entornó los ojos, estuvo así unos segundos, y por fin murmuró:

—A mí se me está empezando a ocurrir que puede tener algo que ver con las filosofías de Wo Peng, de modo que voy a llamar a Dick Peng para que me proporcione un ejemplar de Eternidad, el libro que sobre filosofía publicó su abuelo no hace mucho. ¿Le parece descabellado mi propósito?

—Hijita —suspiró Pitzer—, a mí lo que me parecería enorme y estúpidamente descabellado sería no hacer caso a cualquiera de las ideas o intuiciones de usted. ¿Qué hacemos respecto a Henry Fowler, en definitiva?

—Él llevaba encima unas llaves que sin duda son de un apartamento. Supongo que la CIA no va a tener problemas en localizar el último domicilio conocido de Fowler, al cual me gustaría echar un vistazo.

—¿Cree que encontrará allí algo interesante?

—Nunca se sabe. Simplemente, tenemos un nombre, unos antecedentes y una llave, y vamos a intentar sacar partido de ello.

A las dieciséis horas y cincuenta minutos llamó Basili Chelkuvenko por la radio que Baby le había facilitado.

—¿Sí?

—Soy yo —gruñó el ruso—. Ya sabe.

—Sí —sonrió la divina—. Reconozco su voz, pero además solamente puede ser usted, pues nadie más tiene conexión con esta onda.

—Ya entiendo. En cualquier caso, no deseo que nuestra conversación se lleve a cabo por este procedimiento.

—Muy bien. Volveremos a entrevistarnos. Elija usted el sitio esta

vez, Basili.

—¿De veras puedo hacerlo? —exclamó el ruso.

—Claro.

—Pues no sé dónde… Sólo sé que me gustaría invitarla en un bar o en una cafetería elegante, encontrarnos allí como si fuésemos unos amigos que simpatizan y que se encuentran para tomar unas copas. ¿Comprende?

—Interpreto que usted irá solo y que le gustaría que mis Simones no estuvieran cerca de nosotros.

—Sí. Pero le aseguro que…

—Esté a las dieciocho horas en punto en un bar llamado Margherite, cerca de Times Square. Cualquier taxista lo llevará allí.

—De acuerdo.

—Sólo dígame una cosa, Basili: ¿ha encontrado algo?

—Sí.

—Bien. Hasta las seis.

Brigitte cerró la radio. Pitzer la miraba con hipnótica fijeza, relucientes sus astutos ojos tras los cristales de las gafas.

—Cualquier día —dijo— uno de sus «amables» colegas le dará un buen susto… o un gran disgusto.

—Lo que le dije antes, tío Charlie: estamos jugando el juego. Voy a ponerme la peluca y otras ropas.

A las cinco de la tarde, la señorita Montfort estaba preparada para sostener la entrevista con el soviético Basili Chelkuvenko. Esta vez no llevaría gafas de cristales oscuros, pero sí unas lentillas de contacto que conferían a sus ojos un color verdoso en nada parecido al espléndido azul verdadero.

Justo cuando Baby se disponía a abandonar el apartamento, recibió Pitzer otra llamada, esta vez por radio de bolsillo en la onda normal del Sector New York.

—Señor —dijo una voz todavía juvenil—, acabo de pasar por la tienda Peng, donde he recogido el paquete que se me dijo tendrían preparado. Es todo lo que sé, nadie me ha dado más información… ¿Qué hago con el paquete?

—Llévelo a las seis y cinco a Margherite, en Times Square —dio Brigitte la respuesta—, y entréguelo a una guapa chica rubia de ojos verdes que estará acompañada por un sujeto alto, fuerte y de cabellera encrespada. ¿Tiene alguna duda?

—No, en absoluto.
—Pues eso es todo.

Capítulo V

A las dieciocho horas en punto la rubia apareció en Margherite, y Basili Chelkuvenko, que esperaba hacía casi cinco minutos, se puso en pie; la rubia le divisó, sonrió, y se dirigió hacia la apartada posición que ocupaba el agente soviético, pasando por entre las numerosas mesas del popular y pintoresco bar, atestado de gente de aspecto insólitamente elegante. Damas con joyas, elegantes caballeros de irreprochable traje completo o con serios atuendos deportivos, bellas jóvenes con vestidos de atrevidos diseños…

El denso sonido de las voces era como el interminable rumor de un mar en calma, y el humo de cigarrillos flotaba brevemente en el local debido a la buena renovación de aire.

Basili Chelkuvenko apartó una silla para Baby, que se sentó a la mesa del ruso sonriéndole divertida.

—¿Le gusta el lugar? —inquirió.

—Sí —asintió Chelkuvenko, sentándose—. Pero no lo entiendo.

—Aquí suele venir la gente de ideas conservadoras, incluso se podría decir que románticamente obsoletas. Digamos que se trata de gente que todavía cree que la corbata es de uso obligado en una función de ópera. Es un sitio caro.

—Pero no muy elegante, ¿verdad?

—La elegancia no es nada visible, querido colega. Lo es la estética, pero no la elegancia. No sé si me he explicado.

—Por supuesto que sí. La estética, o la apariencia de las cosas o las personas, se ve; pero la elegancia es algo que va más allá de la simple estética, de las apariencias. La estética se puede ver, pero la elegancia no se ve. Sin embargo, siempre es más importante o cuando menos preferible la elegancia que la estética.

—Exacto. ¿En qué universidad estudió?

—Moscú.

—Claro.

—Tan sólo que le haga una seña a un camarero nos traerá champán. ¿Le parece a usted bien?

—Me parece espléndido.

Basili Chelkuvenko asintió, buscó con la mirada, e hizo una seña. Regresó su penetrante mirada a la espía americana, y, de pronto, sonrió como divertido.

—Lleva usted peluca y lentillas de contacto, así como algunos rellenos en las fosas nasales y en las mejillas. Pero para notar eso hay que ser todo un profesional como yo…, como nosotros. Es usted muy hermosa…, y sus facciones me recuerdan a alguien, pero no consigo recordar a quién.

—Menos mal.

—Los tiempos cambian —murmuró el ruso—… Me parece que, en el caso de que finalmente lograra recordarla e identificarla, preferiría tenerla como amiga que venderla por un puñado de monedas.

—Es una de las frases más inteligentes que he escuchado en mi vida. ¿Qué ha sabido de su camarada Fedor Ylief?

—Estaba vigilando a Wo Peng, como una de las actividades que nosotros llamamos «rutinas periódicas». Ya se lo expliqué: Wo Peng desapareció de su zona habitual de operaciones como agente del Lien Lo Pou, luego reapareció en Nueva York al parecer retirado de sus actividades de espía, y se dedicó al comercio. Decidimos vigilarlo periódicamente. Fedor Ylief estaba haciendo eso cuando lo mataron. En sus periódicos informes de rutina informaba invariablemente que las actividades de Wo Peng no se apartaban en ningún momento de las estrictamente comerciales. Es más, resultaba evidente que sus relaciones de índole personal iban más por el lado religioso o filosófico que por cualquier otro derrotero.

—¿Qué quiere decir exactamente con eso?

Basili Chelkuvenko sacó un sobre de un bolsillo interior, y lo deslizó por encima de la mesa hacia Baby, que lo tomó y sacó las fotografías que contenía.

Todas ellas correspondían a un hombre.

Un hombre de raza negra. Parecía tener unos cincuenta y tantos años, sus cabellos eran ensortijados y con abundantes canas; su rostro era grande, simpático, afectuoso, y sus ojos tenían una expresión entre pícara y bondadosa.

Brigitte miró a Chelkuvenko, y dijo, sonriendo:

—Se parece a Bill Cosby. ¿Quién es?

El camarero llegó en aquel momento con la botella de champán metida en un cubo con hielo picado. Sirvió a los dos en sendas copas, y se retiró sin haber dicho una palabra. Basili Chelkuvenko alzó su copa, y murmuró:

—Cuando yo era muy joven pensaba furiosamente que nadie tenía derecho a beber champán.

—¿Y qué piensa ahora?

—Que todo el mundo tiene derecho a beber champán…, incluso los que ni siquiera tienen pan. Quiero decir que todo el mundo debería tener pan, y, además, champán.

—Y los sueños, sueños son —murmuró Baby—. Sin embargo, brindo por eso, Basili.

Bebieron un sorbo. Basili Chelkuvenko dejó la copa, y señaló las fotografías del negro.

—Se llama Jason Chesterhimes. Es pastor en una iglesia protestante de Harlem, concretamente la Riverton Church, ubicada en la 135th Street, entre la Sexta y la Séptima avenidas. Según los informes periódicos y rutinarios de Fedor Ylief, Wo Peng y Jason Chesterhimes se habían encontrado algunas veces, al parecer siempre por casualidad y siempre en lugares públicos, frecuentados por toda clase de gente… Quiero decir que esos encuentros no ocurrían nunca ni en Chinatown ni en Harlem.

—Pero usted no cree que fuesen casuales —murmuró Brigitte.

—En sus informes rutinarios Fedor Ylief no otorga ningún interés especial a esos encuentros. ¿Le parece a usted que podrían haber sido casuales?

—No.

—La verdad es que si usted no hubiese mencionado a los negros ésta es una parte de los informes de Fedor Ylief a la que no habría prestado atención. Lo que demuestra con qué facilidad nos obcecamos a veces, de qué modo tan absurdo desdeñamos las evidencias para buscar fantasías. ¿Qué cree usted que podía unir a dos hombres tan diferentes como Wo Peng y el reverendo Chesterhimes?

—La filosofía.

Chelkuvenko se quedó mirando con fijeza a su colega americana.

Ésta sonrió, miró hacia la puerta del local, y alzó discretamente una mano. El alto y atlético joven que estaba allí buscando con la mirada captó el gesto, y se acercó rápidamente; depositó un paquete sobre la mesa y, sin decir palabra, se alejó, saliendo del local acto seguido.

Basili Chelkuvenko miraba a Baby como hipnotizado. No preguntó nada. Ella deshizo el paquete, dejando al descubierto dos libros de mediano tamaño, uno de los cuales tendió al ruso. El libro se titulaba Eternidad, estaba editado en inglés, en la contraportada se explicaba que eran reflexiones filosóficas del autor, y el nombre de éste era Wo Peng.

Basili Chelkuvenko volvió a mirar fijamente a Brigitte, que sonrió.

—Como ve, los espías somos gente en verdad chocante: o nos da por matar o nos da por hablar de filosofía.

—O sea, que el reverendo Chesterhimes también es un filósofo.

—Parece que podría ser así. Pero dudo mucho que sea un espía como lo fue Wo Peng, por lo que cabe admitir que las charlas entre ellos pudieron ser, en efecto, de filosofía. Y también, observando su rostro, me entra la duda respecto a que se le pueda llamar «maldito negro».

—¿A qué se refiere?

—A Wo Peng lo mataron tres hombres de raza negra. Esos mismos hombres mataron, antes o después que a Wo Peng, a su camarada Fedor Ylief.

Por supuesto sin especificar ni un solo detalle que pudiera comprometer el secreto de su identidad, Brigitte explicó a Basili Chelkuvenko todo el asunto, cuidando también de no decir más de lo que fuese estrictamente informativo para que el soviético supiera a qué atenerse.

Terminó con estas palabras:

—Yo creo que primero mataron a Wo Peng. Luego, cuando los tres asesinos salieron de la tienda del viejo chino fueron vistos por Fedor Ylief, que merodeaba por allí debemos suponer que cumpliendo su vigilancia de rutina; entonces, Fedor Ylief decidió seguir a los tres negros. Éstos debieron de darse cuenta, y entraron en la estación del metro de Canal Street. Fedor Ylief fue tras ellos, decidido a seguirlos aunque seguramente no sabía que acababan de

matar a Wo Peng; pero quería saber quiénes eran y adónde iban: no olvidemos que Fedor Ylief sabía que Wo Peng se encontraba, casualmente o no, con un negro, así que todo iba adquiriendo sentido… Era muy tarde, y no había nadie o casi nadie en la estación. Los tres negros engañaron de alguna manera a Fedor Ylief, lo sorprendieron por la espalda, y, de tres balazos, lo hicieron caer sobre las vías, ya muerto. Luego, cuando apareció el tren, ellos ya no estaban allí.

Chelkuvenko sirvió más champán para ambos, y bebió casi ávidamente.

Luego murmuró:

—Según parece, la persona que mejor podría darnos una explicación concreta y definitiva sobre lo sucedido y sobre el significado de las palabras «próxima humanidad» es el reverendo Chesterhimes.

—¿Seguro que Fedor Ylief no mencionaba la próxima humanidad en ninguno de sus informes?

—Seguro. Estoy jugando limpio con usted, Baby.

—De acuerdo. ¿Sabe lo que me tiene más preocupada… e incluso un poco asustada?

—¿Qué?

—La incomparecencia de nuestros colegas del Lien Lo Pou. A fin de cuentas uno de sus antiguos agentes ha sido asesinado. Es muy extraño que unos negros se fijen en mí y en cambio no lo haya hecho el Lien Lo Pou. A menos…

—A menos que esos negros no tengan nada que ver con el reverendo Chesterhimes y sí, en cambio y precisamente, con el Lien Lo Pou. O que sea el reverendo Chesterhimes quien esté relacionado con el Lien Lo Pou…, lo cual justificaría sus encuentros con Wo Peng.

Se quedaron inmóviles mirándose a los ojos. Por fin, Brigitte sonrió.

—¿Se da cuenta de lo tortuosos que son los pensamientos de los espías?

—Le voy a decir una cosa que a usted no la va a sorprender —murmuró Chelkuvenko—: hace tiempo que me dan menos miedo los pensamientos de los espías que los de muchas personas a los que la sociedad clasifica como normales y hasta como buenas.

—¿Se refiere a alguien en concreto?

—Digamos —eligió lentamente sus palabras Basili Chelkuvenko — que me pregunto por qué verdadera razón los dirigentes del *Politburó* han derribado el muro de Berlín y pretenden cambiar el sistema sociopolítico de mi madrecita Rusia.

—No se preocupe —susurró la divina—: es sólo una cuestión de intereses, Basili.

—¿Usted sabe lo que realmente están tramando?

—Déjelo correr, por favor. Le voy a hacer un trato: usted me acompaña al apartamento de su camarada Fedor Ylief a echar un vistazo a sus cosas, y yo le permitiré acompañarme cuando mis Simones localicen el domicilio de Henry Fowler.

—Ya he estado en el apartamento que Fedor Ylief tenía en el Village. No hay nada allí. Sólo cuadros.

—¿Cuadros?

—Evidentemente —frunció el ceño Basili Chelkuvenko— a Fedor le gustaba pintar. Es muy simple.

—Pero sorprendente, ¿verdad? Digamos que coloca a su camarada bajo un nuevo prisma de observación. ¿Y qué pintaba?

—Flores.

Efectivamente, había no menos de veinte cuadros en el pequeño apartamento privado y casi secreto que el espía soviético Fedor Ylief había estado ocupando en el Village neoyorquino, concretamente en Mc Dougal Lane, un corto callejón cercano a Washington Square Park.

Todos los cuadros representaban flores, en efecto. Grandes extensiones de bellísimas flores de todos los colores y de todas las formas. La espía americana estaba sinceramente impresionada por la hermosura de los cuadros, y así lo dijo a su colega.

—Son flores de Siberia —susurró Chelkuvenko.

—Es cierto… Ya sabía yo que me recordaban algo: los primaverales paisajes siberianos que aparecen en la película «El doctor Zhivago». Cielos, ¡son preciosos!

—Elija los que quiera. La he traído aquí para esto… A fin de cuentas, usted me ha regalado un libro. Esto aparte, estoy seguro de que Fedor Ylief se sentiría muy feliz si supiera que la agente Baby tiene cuadros de él en su salón. La admiraba mucho…, en lo cual no

era muy original, claro está.

—Me llevaré esos dos —señaló Brigitte—. Pero no quisiera marcharme de aquí sin echar un vistazo.

Basili Chelkuvenko hizo un gesto que indicaba a Baby que podía disponer del apartamento como si fuera el propio, y la espía comenzó un registro sistemático y rápido, mientras su colega envolvía con grueso papel los dos cuadros. Terminó antes Baby que Basili Chelkuvenko, el cual la miró como decepcionado.

—¿Ni siquiera usted ha encontrado nada interesante? —inquirió.

—Nada.

—La verdad es que no me sorprende. En fin, al menos he tenido la satisfacción de regalarle estos cuadros. Podemos marchar cuando guste.

Brigitte asintió, se hizo cargo de los dos libros, y fue hacia la puerta, seguida por Chelkuvenko, que cargaba con los cuadros. Ella abrió la puerta…, y se quedó mirando fijamente la boca del silenciador de una pistola apuntando de lleno al centro de su rostro. Junto a esta pistola había otra, que apuntó rápidamente a Basili Chelkuvenko. Detrás de cada pistola había un hombre de raza china.

Capítulo VI

—Retrocedan muy despacio —dijo uno de los chinos, en perfecto inglés.

Los dos obedecieron. Los chinos entraron, y uno de ellos cerró la puerta con un pie. El otro dijo:

—Saquen sus armas y déjenlas caer en ese rincón. Si nos obligan a disparar lo haremos a matar.

En silencio, Baby y Basili Chelkuvenko dejaron los cuadros, los libros, y Brigitte además su bolso, que contenía la pequeña pistola de cachas de madreperla.

—Yo no llevo armas —dijo entonces Chelkuvenko.

—La mía está en el bolso —explicó Brigitte—. Si están buscando a quienes asesinaron a Wo Peng, nosotros no tenemos nada que ver con ello.

—¿No? ¿Quién lo asesinó, entonces?

—Tres negros.

—No diga tonterías.

—Evidentemente, ustedes son amigos de Wo Peng. ¿No saben que él estaba sosteniendo una extraña relación con los negros…, especialmente con UN negro? ¿No conocen las actividades de su viejo compañero?

—¿Actividades? Wo Peng se dedicaba únicamente a sus cosas desde hace tiempo. De cuando en cuando nosotros nos interesábamos por él, por si estaba bien o tenía algún problema. Pero su vida transcurría tan tranquila que terminamos por olvidarlo… Lo único que nos preocupó un poco fue cuando supimos que de un tiempo a esta parte un ruso se interesaba por él. Nosotros nos interesamos por el ruso, y le seguimos un día hasta aquí. Dejamos correr el asunto al comprender que el ruso, simplemente, hacía su trabajo de rutina. Sabíamos que perdía su tiempo con Wo Peng. De pronto, nos enteramos de que al viejo lo habían

asesinado…, y desde entonces estamos por aquí esperando al ruso. ¿Dónde está?

—Muerto. Lo asesinaron tres negros.

Los dos chinos se quedaron mirando en verdad inexpresivamente a Baby y a Basili Chelkuvenko. Luego, uno de ellos desvió la mirada y durante unos segundos estuvo observando los cuadros que llenaban el pequeño apartamento.

Volvió a mirar a Baby.

—De modo que ustedes, los rusos, no han matado al viejo Wo Peng.

—No —dijo Baby, sin enmendar el error del negro que la creía rusa—. Ya le he dicho que fueron tres negros. Primero mataron a Wo Peng, y luego a Fedor Ylief, que los vio por allí y los siguió. Ustedes no se han enterado de la muerte de Fedor Ylief porque no ha sido identificado públicamente… Me están llamando por la radio.

—¿Qué?

—La radio —señaló Brigitte su bolso, depositado en el suelo—… Ustedes no la oyen porque no tienen el oído tan fino como yo. En bien de todos sería conveniente que me permitieran atender la llamada.

Uno de los chinos recogió el bolso, lo abrió, y vio la pequeña radio, que, en efecto, emitía la señal de llamada, tan tenue que incluso teniéndola en la mano le costaba oírla. Miró a Baby.

—¿Quién la llama?

—Compañeros que están trabajando en varias pistas del mismo asunto.

El chino asintió, y tendió la radio a Brigitte…, volviendo a apuntarla al rostro desde un palmo de distancia. La espía americana admitió la llamada.

—¿Sí?

—¿Ocurre algo? ¿Está usted bien?

—No se preocupe. ¿Hay alguna novedad?

—Sí. Hemos localizado el último domicilio de Henry Fowler, y ya hemos enviado allá unos cuantos compañeros para que lo vigilen. Por supuesto, no haremos nada hasta que usted lo autorice. Ya sé que tiene los dos ejemplares de Eternidad, y que se encontró con Basili Chelkuvenko. ¿Cómo ha ido la entrevista?

—Bien. Todavía estoy con Chelkuvenko, en el apartamento de Fedor Ylief. Era un pintor excelente.

—¿Quién? ¿Fedor Ylief?

—Sí. Basili me ha regalado dos de sus cuadros.

Hubo unos segundos de silencio. Luego, la misma voz, pero algo más tensa:

—¿Seguro que está bien? ¿No ocurre nada?

—Nada que yo no pueda resolver.

—De acuerdo. Tenemos otra novedad: todos los negros están abandonando Central Park. Esto es algo de locura… Hay miles de negros, y todos ellos están tomando el metro hasta Harlem. Nos lo han comunicado desde allá los dos agentes negros que metimos en Central Park, y que van con la masa.

—¿Y qué hacen al llegar a Harlem?

—Nada. Llegan allá, se sientan en el suelo en grandes grupos, y esperan. Pero todavía hay otra cosa: desde todas partes están llegando negros a Nueva York. Vienen en coches particulares, en tren, en autocares, en bicicleta, a pie, en camiones… Si nada lo remedia esta noche habrán llegado a Nueva York más de doscientos mil negros. ¡Maldita sea, seguro que están tramando algo gordo!

—Tío Charlie, quiero que me consigan la máxima información sobre un hombre llamado Jason Chesterhimes. Es el pastor de la Riverton Church, en Harlem, concretamente en la 135th Street. Pero no hagan nada más, sólo consíganme esa información. En cuanto a los negros, que nadie haga nada, que los dejen tranquilos. Avise a los altos mandos de la Policía para que den órdenes a sus agentes en ese sentido. Y lo mismo al FBI o a cualquier otro organismo de orden público. Que nadie haga nada absolutamente. ¿Está entendido?

—Desde luego.

—Dejé mi maletín en el dormitorio, pero voy a necesitarlo.

—Le enviaré a un agente que…

—No. Nada de enviarme un Simón. Le diré cómo lo vamos a hacer: contrate un taxi para que me lleve el maletín al cruce de Broadway y Houston, justo en la entrada del metro. Yo recogeré el maletín, y le daré al taxista un sobre con fotografías del reverendo Chesterhimes para que se las lleve a usted. Una vez haya recogido usted, o uno de los muchachos, esas fotografías, desaparezcan de

escena y ocúpense solamente de recabar datos sobre Jason Chesterhimes. Y pase la orden de que ni un solo agente quede en circulación. Ni uno solo en todo el estado. ¿Me he explicado bien?

—Sí. Pero el apartamento de Henry Fowler…

—Dejen eso. Los otros dos asesinos deben de estar ahora en Harlem, o, como todos los negros, se dirigen hacia allí. Tío Charlie, haga lo que le he dicho.

—Lo haré. Pero dígame: ¿qué va a hacer usted?

—Tomar el metro.

Baby cortó la comunicación y devolvió la radio al chino. Los dos la contemplaban con evidente tensión, desde luego perdida su inexpresividad. La expresión de Basili Chelkuvenko era divertida, más bien sarcástica.

—¿Usted es Baby? —farfulló por fin el chino más hablador.

—Sí. Él es Basili Chelkuvenko, de la KGB, encargado de investigar el asesinato de su compañero Fedor Ylief.

El desconcierto de los chinos iba en aumento.

—Pero… ¿qué está pasando con los negros?

—Según sospecho están reuniéndose en Harlem atraídos por las insospechables posibilidades de una próxima humanidad.

—¿De qué está usted hablando?

—Les voy a hacer un trato —dijo amablemente la espía más peligrosa del mundo—: ustedes se quedan aquí conversando con nuestro colega Basili Chelkuvenko, que les explicará todo lo que sabemos hasta ahora del asunto, y yo me voy en metro a Harlem…

—¿Se ha vuelto loca? —Respingó Chelkuvenko—. ¡Si en una situación como ésta una muchacha blanca se mete en un vagón lleno de negros…!

—Yo resolveré eso —Baby miró a uno y otro chino, que seguían empuñando sus armas—. Bien, ¿qué hacemos? ¿Nos comportamos con cordura e inteligencia y por tanto yo me voy…, o nos comportamos como bestias estúpidas?

Siempre hay quien sabe sacarle partido a la vida en cualquier situación, y eso quedó demostrado aquella tarde: la hermosa negra que viajaba en el *subway* en dirección a Harlem se hallaba como prensada entre varios hombres que, además de apretarse contra su cuerpo, se la comían con los ojos.

No era para menos, pues la negra era hermosísima.

Ya se sabe; cuando una mujer negra sale hermosa, las demás mujeres hermosas de otras razas parecen adefesios. Alta, esbelta, de formas contundentes y carnes prietas, de ojos negrísimos, de rasgos insólitamente correctos, subrayados por el hoyuelo vertical en la barbilla, su belleza era sencillamente increíble. Y pese al trato casi vejatorio que estaba recibiendo, sonreía.

Sonreía con su hermosa boca de labios que para una negra resultaban finos, ligeramente alzado el superior. Labios sonrosados, de imagen irreal, de fotografía trucada.

Sonreía pese a todo.

Sonreía a pesar de que, dejando aparte lo que estaban haciendo aquellos sinvergüenzas que se restregaban contra su cuerpo, el ambiente no era precisamente de fiesta en el vagón del metro en el que viajaba.

Se viajaba en silencio.

En un extraño silencio que se hallaba entre la tristeza y la esperanza, creando un ambiente de quietud inusual. Era como si el silencio pudiera estar hecho de piedra.

Tampoco los pasajeros formaban la masa habitual a aquella hora, cercana la noche. En primer lugar, sólo viajaban negros. En segundo lugar, no eran negros solos o por parejas, sino familias enteras de negros, incluidos niños pequeños.

Era como un extraño éxodo.

De cuando en cuando, por encima del rumor del *subway* se oía alguna voz haciendo un comentario, o la voz de un niño en tono inesperadamente alto…

Una peregrinación, se dijo de pronto la bella negra.

Exacto, eso era: una peregrinación.

Una peregrinación a Harlem.

—Avísame cuando vayas a apearte, negra —le susurró de pronto al oído el negro más osado.

Ella le miró, y eso fue todo. Notó la mano de él deslizándose entre sus muslos, pero tampoco dijo nada. El negro, un gigante de poderosa musculatura, se las había ido arreglando para acorralarla contra una de las paredes, de modo que era prácticamente él solo quien ahora apretaba sus genitales contra el vientre de la negra, al tiempo que le echaba el aliento al rostro y le miraba los pechos.

La vida no cambia.

La gente no cambia.

Es inútil.

Había en el aire (y la negra lo captaba perfectamente) como un hálito de tragedia, de temor extraño, de silencio sobrecogido…, y, sin embargo, un ejemplar de aquella masa humana estaba comportándose asquerosamente.

—La próxima —dijo la negra.

—¿En Brooks Square?

—Eso he dicho.

—Es donde hay más gente. Se nos ha recomendado que salgamos en las estaciones más alejadas. Alrededor de Harlem Houses hay tanta gente que…

—Tengo que apearme en la próxima —cortó ella—, eso es todo.

—De acuerdo.

El negro se revolvió entre la masa humana, y comenzó a abrir paso hacia una de las puertas, empujando sin consideración a los demás pasajeros. Cuando el tren se detuvo, él estaba ante la puerta, y la hermosa negra estaba tras él.

Se abrieron las puertas, descendieron los dos, y también unas pocas personas más, ya que, en efecto, la mayoría de pasajeros habían recibido instrucciones de no apearse hasta dos estaciones más arriba de la línea del *subway*.

Harlem estaba lleno de negros.

Es decir, no sólo estaba «lleno», lo cual es habitual, sino que estaba atestado de negros. Su población habitual se había cuadruplicado…

El negro gigante agarró a la negra por un hombro, y la hizo girar. La miró de arriba a abajo, gozando ahora de la bellísima panorámica de su cuerpo, lo cual no había podido hacer hasta entonces. Por un instante, miró el bonito maletín rojo con florecillas azules estampadas que sostenía la negra en su mano izquierda, pero regresó enseguida la procaz mirada al cuerpo.

De pronto, sin reparo alguno, le puso una mano sobre un pecho, sonriendo.

—Te llevaré a un sitio…

La negra alzó con fuerza la rodilla derecha, encajando un alucinante rodillazo en los testículos del negro, el cual lanzó un

bramido y se encogió, retrocediendo. La punta del pie de la negra le golpeó en el mismo sitio. El negro volvió a bramar, se llevó las manos a los genitales, y cayó de rodillas. Un punterazo en la boca del estómago lo dejó sin aire, su cuerpo se relajó, las manos fueron hacia el estómago… Otro punterazo en los testículos puso al negro definitivamente fuera de combate, demudado y desencajado el rostro, con el cual se estrelló contra el duro suelo del andén.

La negra ni se inmutó. Era como si no hubiese hecho nada. Simplemente, sin hacer caso a las pocas personas que la contemplaban con enorme pasmo, se dirigió hacia las escaleras.

Apareció en el exterior en el cruce de Saint Nicholas y la West 135th Street, por la que echó a andar en dirección al Harlem River. Alcanzó la Octava Avenida, la Séptima, la Sexta o Lenox…

No era fácil caminar por las aceras, y, en cuanto a la calzada, incluso el tráfico rodado había quedado interrumpido. Los coches se hallaban inmóviles, a motor parado, ocupándolo todo, y encima de muchos de ellos se veían jóvenes, algunos gesticulando nerviosamente.

Nueva York llegaba a la noche como envuelta en una luz entre gris y púrpura que ardía en el cielo. La negra piel de aquella masa humana parecía oscurecerse todavía más. En algunos lugares, grupos de niños dormían sobre mantas de vivos colores.

Aquel silencio…

Aquel silencio extraño, denso, como apretado. La bella negra pasó cerca de un grupo de viejas negras que estaban arrodilladas y miraban al cielo. Más allá, un viejo de cabellera que parecía talmente un puñado de algodón, tañía lenta y delicadamente un banjo, y parecía cantar sólo para él mismo. Miles de pares de ojos miraban al cielo, o dejaban perderse la mirada en espacios insondables.

A medida que se acercaba a Riverton Church la masa humana era más densa, resultaba más y más difícil caminar entre ella. En varias ocasiones, la hermosa negra tuvo que recurrir a la palabra para abrirse paso:

—El reverendo Chesterhimes me está esperando —dijo—: precisa de mi colaboración.

Palabras mágicas. Apenas pronunciadas, disponía de espacio para caminar, acercándose más y más a la iglesia, que estaba

completamente rodeada de personas de todas las edades, unas de pie, otras sentadas, otras tendidas en el suelo.

De alguna parte llegaban rezos.

Un niño estaba llorando.

El calor, habitualmente soportable en mayo, era sofocante, y las pieles humanas olían con una intensidad mareante.

Finalmente, la negra llegó a la iglesia, y quiso entrar, pero la puerta estaba cerrada. Llamó a ella. Casi veinte segundos más tarde, se abrió la pequeña puerta practicada en la grande de doble hoja, y asomó el rostro de un hombre joven, ceñuda la expresión.

Por un instante hubo en sus ojos un destello de lujuria, pero enseguida dijo:

—No se puede entrar.

—Tengo que ver al reverendo Chesterhimes.

—El reverendo Chesterhimes está muy ocupado. Nadie puede verlo.

—Pues alguien tiene que darme noticias de mi hermano. Él me dijo que si en un momento dado le ocurría algo viniera a esta iglesia y preguntara por el reverendo Chesterhimes.

—¿Quién es tu hermano?

—Henry Fowler.

El negro se quedó mirándola fijamente. Parpadeó.

—Espera aquí —gruñó.

Cerró la puerta.

La abrió casi cuatro minutos más tarde, hizo un gesto, y la negra entró en la iglesia.

El silencio dentro era como de muerte. Era un silencio sobre el natural silencio. Había luces encendidas al fondo, donde se hallaba la mesa del reverendo.

Otros dos negros, altos y fuertes, contemplaban a la negra. Ésta siguió al primer negro hacia el fondo. A la derecha había una puerta, que comunicaba con un pequeño jardín al otro lado del cual estaba la vivienda del oficiante de la iglesia. Había rosas en el jardín y dos solitarios pinos de alta y frondosa copa que más que verde parecía de terciopelo negro.

Entre la iglesia y el edificio de dos pisos donde residía el reverendo se divisaba un rectángulo de cielo cada vez más rojo y oscuro.

—Espera aquí —dijo el acompañante de la negra.

Regresó a la iglesia. Ella se sentó en un banco, abrió el maletín, sacó cigarrillos, y encendió uno. Tuvo la desconcertante sensación de que de un momento a otro del cielo podía desprenderse una enorme lágrima roja, y esta sensación la asustó.

¿Cómo se le había podido ocurrir una cosa semejante? Y sobre todo… ¿por qué?

La puerta de la vivienda se abrió, y el reverendo Chesterhimes salió al jardín. Vio a la negra, sonrió, y se acercó a ella, que aplastó el cigarrillo en el suelo y se puso en pie. Las miradas de ambos se conectaron, hubo como un estudio mental mutuo.

Jason Chesterhimes, en efecto, tal como ya había opinado Baby al ver las fotografías, se parecía a Bill Cosby. Tenía un rostro simpático, grande y de expresión bondadosa. Vestía pantalones oscuros, camisa azul, y un bonito jersey de un tono azul algo más oscuro que la camisa. Se le veía pulcro, agradable, incluso elegante. Su mirada era directa, clara, inteligente.

—Yo soy el reverendo Chesterhimes —se presentó—. ¿Entiendo que te envía tu hermano?

—No exactamente. Él me dijo que si ocurría algo extraño viniera aquí a preguntarle a usted.

—¿Y qué es lo que ha ocurrido de extraño?

—No lo sé… Bueno, quiero decir que él me dijo que viniera a Nueva York, que iba a proponerme algo extraordinario que yo no debía perderme por nada del mundo. Le dije que de acuerdo, que iba a venir, y quedamos que me recogería en la Estación Central. No lo he visto allí, así que le he llamado por teléfono a su apartamento. Me dijo que vivía con un amigo, pero ni mi hermano ni ese amigo han contestado al teléfono. Entonces, he ido allá en un taxi.

—¿Y tampoco está en su apartamento?

—No lo sé… Había tres chinos por allí cerca, y, no sé por qué, no he querido acercarme. Eran… extraños.

—¿Dónde estaban los chinos? ¿En el apartamento de tu hermano?

—No. Abajo, en la calle. Parecían esperar algo. Uno estaba dentro del portal, y los otros dos parecían vigilar… Puede que le parezca tonta a usted, pero me ha entrado miedo.

—¿Acaso tu hermano te había dicho algo respecto a algunos

chinos que pudiera causarte ese miedo?

—No… No, no. Ya le digo que no sé qué me ha ocurrido… ¡No he querido acercarme más!

Jason Chesterhimes señaló el banco, la negra se sentó, y él lo hizo a su lado.

—¿Cómo te llamas? —inquirió.

—Rita.

—Tu hermano nunca me habló de ti, Rita.

—Bueno —sonrió ella, entre simpática y maliciosa—, no me extraña. Digamos que Henry no está muy conforme con mi profesión.

—¿Qué profesión?

—¡Oiga…! ¿Pretende burlarse de mí?

—Claro que no. Y ya entiendo. ¿Dónde sueles trabajar?

—En Atlantic City. Es un buen sitio para ganar mucho dinero.

—Seguramente —sonrió Chesterhimes—. Así que no entiendo que hayas dejado de ganar tanto dinero para venir a este feo lugar.

Rita Fowler quedó pensativa, como hipnotizada. Luego parpadeó, y murmuró:

—Sí que es feo. ¡Y toda esa gente…! En el metro solamente viajábamos negros, y todos… silenciosos, como… No sé, como… asustados, o algo así. Nunca he visto tanta gente en la calle, y esos coches parados… ¿Qué es lo que está pasando?

—¿Tu hermano no te lo dijo?

—No. ¿Él no está aquí, entonces?

—No. Nosotros tampoco lo encontramos. Quizá tengas razón con eso de los chinos… ¿Seguro que no te dijo nada sobre ellos, sobre los chinos o sobre algún chino?

—Seguro. Sólo me dijo que tenía que venir sin falta si no quería perderme algo verdaderamente bueno. La verdad es que me dio la impresión de que me estaba ofreciendo… ¡Es una tontería!

—¿Qué te pareció que te estaba ofreciendo?

—Bueno… Parecía que me estaba ofreciendo poco menos que el cielo.

Jason Chesterhimes soltó una simpática carcajada. Acto seguido, su mirada cambió de expresión, recorrió el cuerpo de Rita, se detuvo en sus labios, en sus hermosos ojos, como valorándola por fin como mujer.

—Del cielo hablaremos más adelante —dijo el reverendo—. Por el momento sólo puedo ofrecerte mi casa. No es ninguna maravilla, pero estarás mucho mejor que en la calle.

—Oh, bueno, buscaré un hotel que…

—Es inútil. En primer lugar, esto no es Atlantic City precisamente, y en segundo lugar dentro de pocas horas no encontrarás sitio ni para tenderte en la calle. Por otra parte, si tu hermano aparece, le gustará encontrarte aquí, puesto que te dijo que vinieras aquí si perdíais el contacto, ¿no es así?

—Sí, así es. Lo que no se me ocurre es la relación que puede haber entre mi hermano y usted, francamente. Son dos personas… muy diferentes. No es que mi hermano sea malo, pero tampoco me lo imagino metido en cosas de iglesia, y en cuanto a usted, pues… no parece que sea persona que congenie con camorristas como Henry, así que… ¡no entiendo nada de nada!

El reverendo Chesterhimes volvió a soltar una carcajada alegre, transparente, casi musical.

—Rita —dijo súbitamente serio de pronto—, tengo la impresión de que eres una muchacha muy inteligente. ¿Te gustaría formar parte de una próxima humanidad?

—¿De qué? —Abrió mucho los ojos la bellísima.

—Una próxima humanidad. Una humanidad en la que todos nosotros tendremos… todas las más grandes y maravillosas oportunidades del mundo y de la vida.

—¿Todos nosotros? ¿Quiere decir toda la gente, todo el mundo…?

—No —sonrió de un modo enigmático Jason Chesterhimes—: quiero decir los negros. La gente de raza negra. Pero de modo especial, Rita, algunas personas de la raza negra. ¿Te gustaría ser una de esas personas?

—Sí, claro… No sé de qué va el asunto, pero claro que me gustaría. ¿Qué tendría que hacer para conseguirlo?

—Morir —sonrió más ampliamente el reverendo Chesterhimes—… Solamente morir, querida.

Capítulo VII

Rita se quedó mirando estupefacta a Jason Chesterhimes, como si no comprendiera en absoluto. De repente, su expresión pasó al sobresalto más absoluto.

—¡Cómo, morir! —Respingó, abriendo mucho los ojos—. ¡Yo no quiero morir!

—Nadie quiere morir —aceptó filosóficamente Chesterhimes—. Y sin embargo, ¡es tan fácil! ¡Y casi siempre tan productivo!

—Usted… debe de estar bromeando…

—Claro que no. La muerte, querida, es solamente un paso hacia la evolución y el progreso. Quiero decir que cada muerte que tenemos nos acerca más a la perfección. ¿Me comprendes?

—No… ¡No!

—Digamos que a medida que nos vamos adentrando en la eternidad vamos sabiendo más cosas. Hoy sabemos más que ayer, y mañana sabremos más que hoy. Por el mismo procedimiento, en nuestra próxima vida sabremos más que en la actual, y así, a cada vida, a cada reencarnación, sabremos más que en la reencarnación anterior… Es lógico, ¿no te parece?

—No… no es verdad que reencarnemos. Cuando uno muere, pues… muere para siempre, y eso es todo.

—¡Pero claro que no, criatura! Ven, voy a permitirte asistir a una reunión de alto nivel mental y espiritual a la que negaría el acceso a personas mucho más importantes que tú. En realidad, cuando me han avisado de tu presencia aquí estábamos celebrando una reunión muy importante. Acompáñame.

Jason Chesterhimes se había puesto en pie, y tendía una mano a Rita, que le miraba a los ojos, sin moverse. Por fin, con gesto resuelto, ella se puso en pie, y aceptó la mano del reverendo, que echó a andar hacia su vivienda.

—No te sorprendas por nada —advirtió—, y si en algún

momento te vieras precisada a dar explicaciones sobre tu presencia aquí y tu asistencia a la reunión, no digas que eres hermana de nadie, di simplemente que eres mi amante. ¿Has comprendido?

—Sí.

—Y por supuesto, esta noche dormirás conmigo —sonrió el reverendo Chesterhimes—… ¿Te molesta la idea?

—Al decir dormir ¿quiere decir…, bueno, ya me entiende, hacer el amor?

—Me gustará mucho hacerlo contigo —susurró Jason Chesterhimes, relucientes los ojos—. A decir verdad, últimamente he estado tan ocupado y preocupado con mis proyectos para una próxima humanidad que había olvidado por completo el placer del sexo. Bien mirado, nadie mejor que una profesional para hacérmelo recordar, y además con… diversas exquisiteces.

—Para ser una persona que habla tanto de la muerte y de una próxima humanidad, reverendo, me parece que le gustan a usted mucho las cosas de la vida… y de esta actual humanidad.

Jason Chesterhimes soltó una carcajada, y con una mano dio una palmadita en una nalga a Rita, que sonrió.

Habían entrado en la casa, que era amplia y un tanto destartalada, evidentemente desprovista de confort. Chesterhimes señaló una puerta grande que había a un lado de la entrada, fue allá, y la abrió. Rita vio enseguida la gran mesa llena de ceniceros, vasos, botellas de agua, coca cola, *whisky*…

Alrededor de la mesa había una docena de hombres, por supuesto todos ellos de raza negra, que dejaron en el acto de conversar para mirar hacia la puerta.

Todas las miradas se clavaron en Rita, y, acto seguido, con expectación, en Chesterhimes.

Éste no pareció dispuesto a dar explicación alguna. Simplemente, cerró la puerta, acercó una silla a la mesa, junto a la que había vacía a la cabecera, y con un gesto hizo comprender a Rita que debía sentarse. Luego, se sentó él, en la silla situada a la cabecera.

—Señores, ruego disculpas por la interrupción, pero el asunto era importante para mí. Por favor, prosigamos. Creo que estabas hablando tú, Leroy.

Un hombre delgado, de facciones arrugadas y mirada vidriosa

asintió, apartando por fin su mirada de la espléndida criatura falsamente llamada Rita Fowler, cuyo rostro permanecía por completo inexpresivo.

—Estaba diciendo —murmuró Leroy— que el reparto de posiciones cuando nos hallemos en la próxima humanidad no va a ser fácil de determinar. Todos sabemos perfectamente que nadie, o casi nadie, recuerda la vida anterior cuando vuelve a nacer. Por tanto, ¿cómo podríamos hacer el reparto de acuerdo a lo pactado aquí y ahora, en esta vida?

—Sugiero que lo dejemos por escrito —dijo otro de los presentes —. Ya sé, ya sé: nadie recordaría que lo habíamos dejado por escrito. Pero creo que sí podrían ser recordados los acuerdos tomados aquí si, como dice Jason, nos lo proponemos colectivamente… ¿No es así, Jason?

Chesterhimes asintió, pero alzando un dedo reclamando la atención de todos.

—En mis conversaciones filosóficas con Wo Peng…

—¡Ese maldito chino! ¡Esperemos que haya sido eliminado a tiempo, que no le hayamos dejado la ocasión de delatar nuestros proyectos!

—No creo que le diéramos tiempo. Después de su ultimátum arreglé las cosas rápidamente. Lo único que queda respecto a nuestra próxima humanidad es su libro titulado Eternidad, pero en él se habla de un modo vago de este asunto, como se habla en tantos y tantos otros libros de reencarnaciones.

»Por cierto, puesto que el libro lo escribió Wo Peng antes de que yo le invitase a tomar parte en el proyecto, no menciona las enormes posibilidades de una próxima humanidad sin la raza negra. Nosotros…

—¿Sin la raza negra? —Respingó Rita Fowler.

Todos la miraron. El reverendo Chesterhimes sonrió cariñosamente.

—Como iba a decir —murmuró—, en mis conversaciones filosóficas con Wo Peng llegamos a la conclusión de que no hace falta establecer nada de un modo explícito en esta vida. Simplemente, cuando accedemos a la siguiente vida nuestra tendencia natural es proseguir la idea o labor que en la vida anterior nos propusimos, digamos que… dejamos programada en

nuestra alma. Por tanto, no hay cuidado respecto a los acuerdos aquí tomados. Esto aparte… ¿qué más da quién ocupe cada cargo en nuestra próxima humanidad? Todos querremos lo mismo, y será indiferente que se consiga estando en la Casa Blanca uno que otro…

—¿Quién va a estar en la Casa Blanca? —saltó Rita.

El reverendo Chesterhimes hizo un gesto de simpática impotencia.

—Os presento a Rita, con la que sostengo… muy gratificantes relaciones, secretas hasta ahora. Como veis, es una mujer inteligente, que quiere saber más que la mayoría. Por ejemplo, todos los negros que han acudido a Harlem aceptando la consigna de la próxima humanidad lo han hecho sin preguntar, sin exigir, sin desconfianzas ni temores. Se les ha dicho que Harlem va a ser la puerta para acceder a una vida mejor para todos los negros, que cuantos más negros se reuniesen en Harlem iba a ser mejor para todos, y, simplemente, han acudido. Ahí afuera están, esperando el momento de acceder a la próxima humanidad…, y siguen llegando de los lugares próximos a Nueva York. Dentro de poco, cuando en Harlem se haya producido el Gran Éxodo, seremos imitados en todos los Estados Unidos. Luego, en toda América…, y finalmente, estoy seguro de que no tardando mucho seremos imitados por el resto de las personas de raza negra de todo el mundo…, hasta que no quede en el planeta Tierra ni un solo ser de nuestra raza.

—Pero… ¿de qué está hablando? —Jadeó Rita—. ¡Por el cielo, quiero saber de qué está hablando! ¡Y no me trate como a uno de esos ingenuos negros de ahí fuera!

—Claro que no, Rita, cariño. Desdichadamente, hemos de admitir que no todas las personas son iguales. Unas tienen mayor inteligencia y por tanto mayor capacidad de comprensión. Estoy seguro de que la mayoría de las personas que hay ahí fuera no entenderían todo el maravilloso alcance de la próxima humanidad. Pero tú sí podrás entenderlo.

—¡Pues explíquemelo!

—Ya tenía intención de hacerlo, pero no ahora. Dentro de un rato hablaremos tú y yo a solas. Ahora, debemos terminar esta reunión, si no tienes inconveniente.

—Por supuesto —murmuró Rita.

—Bien. Veamos, Leroy: ¿has entendido mi propuesta?

—Creo que sí. En definitiva, nada importa nada, salvo conseguir que en el menor plazo de tiempo posible la raza negra haya desaparecido de la Tierra. Lo demás vendrá por sí solo.

—Exacto. El problema no consiste en qué cargo mundial o nacional tendrá cada uno de nosotros, sino que todos recordemos que el mundo estará lleno de personas cuya alma será negra. El alma, mas no el cuerpo. Y sabiendo esto, cabe pensar que todos nos encaminaremos hacia una humanidad mejor, sin racismos ni agresiones de cualquier otra clase.

—Pero en definitiva, los blancos se habrán salido con la suya: la raza negra habrá desaparecido del planeta. En cierto modo, entiendo que ese viejo chino se negase a iniciar gestiones para que también la raza china se uniera a la próxima humanidad.

—Por el momento, y puesto que así lo ha querido Wo Peng —dijo fríamente Jason Chesterhimes—, los chinos seguirán siendo chinos, pero nosotros ya no seremos negros nunca más: seremos blancos, iniciando así una nueva existencia de goce físico, de poder, de seguridad. Mala suerte para los chinos por culpa de ese viejo cretino de Wo Peng. Yo he prometido a la raza negra una próxima humanidad, y se la voy a dar. Nunca más los negros pasaremos calamidades sólo por ser negros, ya que a partir de muy pronto seremos blancos para siempre…

—O chinos —dijo Rita.

Todas las miradas volvieron a posarse en ella. Hubo unos segundos de desconcierto, de estupor.

Por fin, uno de los negros de más edad murmuró:

—¿Qué?

—Si yo he entendido bien… —empezó Rita.

—Esta reunión ha terminado —dijo Jason Chesterhimes—. Llevamos muchas horas conversando, ya es de noche, y a todos nos conviene descansar para afrontar los importantes hechos del día de mañana.

—Me gustaría saber qué ha querido decir ella —insistió el otro.

—Elmer, en la próxima reunión seguiremos conversando. Ahora os suplico que me dispenséis. Estoy muy cansado… Ya sabéis que podéis disponer de mi casa como si fuese vuestra. Ven, Rita.

El reverendo Chesterhimes se dirigió hacia una puerta al otro lado de la sala, y la abrió.

Él y Rita salieron. Había un distribuidor, y a un lado un tramo de escalones, que Chesterhimes señaló. Subieron en silencio hasta un pasillo al que daban varias puertas. Jason Chesterhimes abrió una de ellas, y entró. Rita lo hizo tras él. Al fondo había una ventana que daba al jardín, pero en éste ya no había el resplandor gris o rojizo del sol poniente, sino la oscuridad de la noche.

Rita Fowler comenzó a volverse hacia Chesterhimes, dispuesta a aprovechar la oportunidad de hallarse a solas con él para terminar de comprender la pasmosa verdad de las intenciones de aquel… reclutador de almas que, evidentemente, también era un gozador del sexo…

Justo en el momento en que comenzaba a volverse, Rita supo que algo iba mal, que había cometido un error al volverle la espalda al reverendo Chesterhimes.

Justo en ese instante recibió el golpe en la parte posterior de la cabeza. Fue como si un trueno estallase dentro de ella. Y eso fue todo antes de hundirse en la total oscuridad de la inconsciencia.

La luz hirió momentáneamente sus pupilas, de modo que por instinto cerró de nuevo los ojos. Tardó unos segundos en darse cuenta de que le dolía la cabeza. No sólo por el golpe, sino por las consecuencias del mismo. Supo con toda certeza que tenía una brecha por la que había manado sangre, que ahora, seca, formaba una costra con sus cabellos.

Volvió a abrir los ojos, despacio. La luz procedía de una lamparita colocada sobre una mesa de noche situada a su izquierda. Miró hacia allí, y vio su brazo desnudo. Acto seguido se dio cuenta de que estaba completamente desnuda, y amarrada de manos y pies, con finos alambres, a los barrotes de una vieja cama de latón. Comprendió enseguida que nunca podría soltarse, y que los intentos en ese sentido sólo darían lugar a profundos cortes en los tobillos y las muñecas.

En la mesa de noche, además de la lámpara había un reloj despertador, un cenicero de cristal, un reloj de pulsera, un libro…

Identificó el libro: Eternidad, de Wo Peng.

En una butaca vio su maletín, evidentemente despreciado por Jason Chesterhimes, olvidado. ¡Pero si ella pudiera llegar hasta él…!

Estaba sola en la habitación. En la ventana que daba al jardín la

negrura era absoluta. Y el silencio. Aquel silencio.

Cerró los ojos y se relajó.

Durante unos diez minutos permaneció así, hasta que el dolor interno en la cabeza desapareció, y sólo quedó el dolor del golpe, puramente externo. Ese dolor no tenía importancia alguna.

Ni se le ocurrió gritar. Jamás lo había hecho, y no pensaba hacerlo ahora. La dignidad debe conservarse aunque sea a costa de la vida. ¿Qué hay de importante en la vida si se pierde la dignidad, la verdadera dignidad, la dignidad íntima, interior de cada uno?

Volvió a cerrar los ojos. Quizás habían transcurrido unos quince minutos cuando oyó abrirse la puerta. Vio entrar a Jason Chesterhimes, que cerró tras él y se acercó a la cama, sonriendo.

—¿Cómo se encuentra, señorita Montfort? —inquirió el reverendo.

—Mal —murmuró Rita.

—Sí, lo comprendo —rió Chesterhimes, sentándose en el borde de la cama: no tuve más remedio que darle un buen golpe, porque comprendí que usted es una persona… especial. Muy especial, señorita Montfort.

—Tan especial —susurró Rita— que no soy quien usted dice, sino…

—Oh, vamos, por favor… Sinceramente, al primer momento de verla, al ver sus rasgos, la forma de sus ojos, de su boca, ¡y ese hoyuelo tan característico en su barbilla!, pensé en la periodista Brigitte Montfort. Enseguida me dije que no podía ser, claro, pues la señorita Montfort es de raza blanca, no negra. Pero a medida que la iba mirando, y oyendo su voz tan hábilmente disimulada, tuve que convencerme de que usted sólo podía ser Brigitte Montfort. La conozco muy bien, soy un gran admirador suyo. La he visto miles de veces en fotografías, la escucho cuando habla por la radio, la miro siempre que aparece en televisión… Tengo muchas filmaciones de video en las que aparece usted. A decir verdad, señorita Montfort, siempre la he admirado… y deseado. Y de repente, impensadamente, interviene usted en mi vida: para mi sorpresa, se presenta en la tienda de Wo Peng para desfilar ante su cadáver. ¿Por qué?

—Éramos amigos.

—¿Así de simple?

—Así de simple.

—¿No fue usted allí por nada relacionado con la próxima humanidad?

—No. De ese asunto empecé a enterarme poco después.

—¿Después? ¿Cuándo?

—Recibí una carta que evidentemente Wo Peng había cursado antes de ser asesinado —mintió Baby para no comprometer a los Yeng ni mencionar el informe almacenado por Wo Peng en su ordenador—. En ella me decía que teníamos que vernos para conversar sobre una próxima humanidad. Nada más. Pero como le digo, cuando recibí la carta él ya estaba muerto.

—Sin embargo, usted ha encontrado mi pista. ¿Cómo lo ha conseguido?

—Por medio de Henry Fowler.

—Ajá, ya llegamos a otro punto que me interesa mucho: ¿qué pasó con Henry Fowler? Porque resulta que yo, no sin disgusto, tuve que enviarlo a eliminarla a usted, convencido de que Wo Peng le había facilitado en algún momento información para su periódico… En definitiva, Fowler desaparece y usted llega hasta mí. ¿Cómo explica esto?

—Él se metió conmigo en el ascensor, y sacó una navaja. Dijo que tenía que matarme, pero violándome antes. Lo vi muy nervioso, y le dije que podíamos llegar a un acuerdo de dinero. Se quedó sin aliento cuando le ofrecí diez millones de dólares. Por fin, le convencí, conversando ya en los sótanos del edificio. Aceptó mi oferta, y convinimos que se escondería esperando que yo investigara todo lo referente a la próxima humanidad, que él no sabía bien, y que al terminar le pagaría y le conseguiría una documentación para que se fuese a vivir al lugar que él eligiera del mundo…

—¿Y cómo puede usted ofrecer tanto, señorita Montfort?

—Tengo amigos en todas partes…, incluida de modo especial la Casa Blanca.

—Claro. No tengo que olvidar con quién estoy hablando: la periodista más famosa y poderosa del mundo. Tan poderosa, que incluso puede conseguir que su piel se torne negra… Porque yo pensaba que se había teñido usted la piel para llegar hasta aquí, pero no es así, realmente su piel es negra. ¿Cómo es esto posible?

—Es un viejo truco que vengo utilizando hace tiempo: un amigo inventó un suero al que llamamos «Blackcolor», y que inyectado bajo la piel la tiñe de negro por unas cuantas horas. Es un truco que me ha ido bien en muchas ocasiones para conseguir grandes reportajes.

—Absolutamente fantástico. Voy comprendiendo por qué es usted la cima de la profesión periodística: tiene buenos amigos, muchos recursos económicos, y, ciertamente, no es valor lo que le falta. Bien, pero aquí termina todo para usted. Ya que, en cierto modo afortunadamente, Fowler no la mató, cumpliré uno de mis deseos con respecto a usted: la voy a poseer.

—Eso no es muy espiritual, me parece a mí.

—¡En efecto, no lo es! —Rió Jason Chesterhimes—. ¡Pero usted siempre me ha gustado, no puedo evitarlo! Y a fin de cuentas, a los dos nos queda poco tiempo de vida… ¿Por qué no marcharnos con un grato recuerdo de mi última vida física como negro?

—Reverendo Chesterhimes: usted está loco. Ya lo he comprendido todo, y sólo puedo decirle que está completamente loco. ¿No puede comprender que su idea, su proyecto de una próxima humanidad, es por completo irrealizable?

—Usted no sabe nada de la verdadera profundidad de mis proyectos.

—¿No? Veamos, lo que usted pretende es que mueran todos los negros del mundo con el fin de que sus almas, al volver a reencarnar, lo hagan en cuerpos de gente de raza blanca, ya que no habría gentes de raza negra en el futuro. Sin embargo, esas almas, que antes habrían estado alojadas en cuerpos de raza negra, no olvidarían esto, y a medida que, reencarnadas ahora en cuerpos de raza blanca, fuesen ocupando puestos de poder material, mental y espiritual, irían gobernando el mundo conforme a los deseos de la raza negra actual, es decir, que no hubiera discriminaciones ni humillaciones raciales. ¿No se trata de esto?

—¡Exacto! —Relucieron intensamente los ojos de Jason Chesterhimes—. ¡Ése es mi gran proyecto para una nueva y próxima humanidad! ¿No le parece maravilloso?

—Sería maravilloso si fuese realizable —murmuró Brigitte—, pero no lo es, reverendo.

—¡Desde luego que sí lo es!

—No. Y antes ya lo hice entender: ¿por qué supone usted que las almas de los negros reencarnarán en cuerpos de raza blanca? ¿Por qué cree que no van a reencarnar en cuerpos de raza china, o cobriza, o esquimal…?

—¡No! ¡Cállese! ¡Yo voy a ser de los primeros en morir precisamente para encaminar esas almas, para orientarlas hacia sus nuevas reencarnaciones! ¡Todos reencarnarán donde yo les diga, como yo les diga, en los cuerpos y razas que yo les diga! ¡Desde la Muerte, mi alma conducirá durante el tiempo que haga falta a todos los negros que vayan muriendo para que reencarnen en cuerpos de raza blanca! ¡La próxima humanidad será toda de piel blanca, pero de alma negra! ¡Ése es mi proyecto, y nadie conseguirá arruinarlo! ¡Y usted menos que nadie!

Desorbitados los ojos, completamente alterado, el reverendo Chesterhimes procedió a desnudarse rápidamente, y, en un instante, se halló desnudo. Se colocó entre los muslos de Brigitte, y jadeó:

—Todos los sueños pueden cumplirse… ¡Incluso éste!

De repente, de un modo brutal, penetró a su prisionera.

Capítulo VIII

La puerta batió a espaldas de Jason Chesterhimes cuando abandonó la habitación. Tendida en la cama, Rita Fowler parecía una estatua de piedra. No se había movido en absoluto, de modo que había conseguido no cortarse en muñecas y tobillos con los alambres que la sujetaban…, pero todo su cuerpo estaba cubierto de sudor.

Un sudor fino y frío, que de pronto le ocasionó un fuerte estremecimiento.

La vida tiene cosas en verdad chocantes y absurdas: se había pasado la vida viajando por todo el mundo y sorteando peligros a cuál más terrible y exótico.

Ahora, al parecer, iba a morir en Nueva York, en Harlem, violada y asesinada por un negro neoyorquino.

¡Qué absurdo parece todo en ocasiones!

Comenzó a sentir frío debido al sudor que empapaba su piel. Por supuesto, no dejaba de pensar en búsqueda de soluciones, pero todo se reducía a una muy simple: mientras no consiguiera soltar sus manos y sus pies, estaba condenada a muerte.

Era imposible romper los alambres. Imposible. Inició un intento, tensando sus músculos, cuya potencia habría sorprendido no poco a cualquiera…, pero a todas luces insuficiente para partir alambres.

Todo tiene un límite. Incluso la suerte. Ella había tenido siempre mucha suerte, pero también ésta termina un día u otro…

Como todo.

Como la misma vida.

Cuando la puerta de la habitación se abrió de nuevo, Brigitte pensó que había llegado su última hora, pero, para su sorpresa, quien entró en la habitación, sigilosamente, no fue Jason Chesterhimes, sino el negro llamado Elmer.

Y de repente, Brigitte Baby Montfort se reafirmó en sus pensamientos anteriores de que el absurdo puede producirse en

cualquier momento. Ella era poderosa, tenía amigos poderosos, pero si en aquel momento había alguna probabilidad de que pudiera conservar la vida se iba a deber solamente a dos palabras que ella había pronunciado un par de horas antes: «o chinos».

Elmer se acercó a la cama, y se quedó mirándola, comprendiendo todo lo que allí había ocurrido, pero fija su mente en la idea que le había impulsado a hacer aquella subrepticia visita.

—He estado pensando en lo que usted dijo antes —susurró de pronto—, y creo que tiene razón: no podemos tener ninguna garantía de que reencarnaremos en gentes de raza blanca. También podríamos reencarnar en recién nacidos en Chinatown, es decir, en chinos.

—O en cualquier otra raza —murmuró Brigitte.

—Esto me ha trastornado mucho… No había pensado en ello antes, no sé cómo no se me ocurrió… Como sea, pienso que todo esto, en tal caso, podría ser completamente inútil.

—Desde luego. Escuche, Elmer, suélteme, salgamos de aquí, y evitemos que él siga adelante con ese absurdo proyecto de una próxima humanidad.

—Ya no estamos a tiempo. ¡Ya no estamos a tiempo! Todos saben que mañana van a morir, y lo han aceptado. Algunos incluso hablan de acelerar el proceso… Me consta que muchos están esperando la media noche para comenzar a inmolarse por su cuenta.

—El cielo se apiade de nosotros —jadeó Brigitte—… ¡Suélteme, pronto!

—Ya no se puede hacer nada. —Elmer se dejó caer en la butaca en la que se hallaba el maletín de Brigitte—. ¡Todo está en marcha!

Rita Fowler miró el reloj despertador que había en la mesa de noche. Eran las veintidós horas y treinta minutos.

Volvió a mirar al negro.

—Podemos hacer muchas cosas en hora y media —aseguró—. ¡Quíteme estos alambres!

—El helicóptero llegará al amanecer… Nadie podrá impedirlo. Solamente Jason sabe de dónde viene y por dónde llegará…

—¿Qué helicóptero?

—El que trae las cargas de gas mortal. Jason obtuvo información sobre la ubicación de unos laboratorios secretos de los Estados

Unidos donde se fabrican gases y otros elementos de la guerra química… Sobornó a una de las personas que trabajan en esos laboratorios, y esa persona ha conseguido ya sustraer una cantidad de gases letales que debe arrojar poco después del amanecer sobre Harlem… ¡Dios mío, todas las personas que se hallen en Harlem al amanecer van a morir víctimas de una locura! ¿Cómo no comprendí antes todo este horror? ¡Y ni siquiera puede ser cierto que consigamos esa próxima humanidad sin negros a los que maltratar de tantas maneras…!

—Elmer —procuró mantenerse serena la agente Baby—… Elmer, tiene que soltarme. Yo puedo poner remedio a eso, se lo aseguro.

—¿Sí? —Elmer la miró con los ojos llenos de lágrimas—. ¿Sí? ¿Usted? ¿De qué manera?

—Dentro de ese maletín junto al cual está usted sentado hay una radio. Puedo utilizarla para dar instrucciones a fin de que ese helicóptero jamás llegue a Nueva York. Si yo doy esa orden, el helicóptero será interceptado, y el hombre que lo pilote detenido y encarcelado… Lo peor que puede ocurrir es que haya que derribarlo, pero eso lo harían en un momento oportuno, desviándolo hacia el mar o hacia terreno lo más despejado posible… ¡Nunca podrá ocurrir nada peor que si ese criminal que el reverendo ha sobornado deja caer las cargas mortales sobre Harlem!

—¿Quién es usted?

—¡Elmer, no perdamos más tiempo!

El negro quedó todavía quizás un minuto absorto, muy abiertos los ojos, pero inoperantes, ya que las imágenes que Elmer veía eran mentales, eran imágenes de lo que podía suceder si el helicóptero llegaba a Harlem, donde al amanecer habría cinco veces su población normal.

Respingó de pronto, saltó hacia la cama, y comenzó a soltar los alambres que sujetaban las muñecas de Brigitte. En dos minutos la espía más peligrosa del mundo estuvo libre. Saltó hacia la butaca, se sentó en ésta, y tras colocarlo sobre sus muslos abrió el maletín.

En un instante efectuó la llamada por medio de la pequeña radio camuflada en el paquete de cigarrillos.

—¿Sí? —Sonó la tensa voz de Charles Alan Pitzer.

—¡Tío Charlie, tiene que organizar inmediatamente un equipo

de helicópteros que vigilen en vuelo ininterrumpido el perímetro de Nueva York…!

De repente, la puerta de la habitación se abrió bruscamente, y en el umbral apareció Jason Chesterhimes, alteradas sus facciones por la rabia y empuñando una pistola que temblaba en su mano.

—¡Elmer, te dije que no quería que hablaras con ella…!

Su frase se truncó con un grito de sobresalto al ver a Brigitte mirándole con fiereza. Elmer también gritó. Jason Chesterhimes apuntó de pronto a Brigitte con la pistola, y disparó, errando el tiro. Al mismo tiempo, Brigitte se empujaba hacia atrás, volcando el sillón y cayendo al otro lado. El abierto maletín rebotó en el suelo, por el cual se esparció todo su contenido.

Brigitte tendió el brazo hacia la pistola de cachas de madreperla, la empuñó…

¡Crack!, sonó el segundo estampido procedente de la pistola que con evidente torpeza utilizaba el reverendo Chesterhimes.

Pero incluso con torpeza se puede hacer el mal: la segunda bala disparada por Jason Chesterhimes acertó de lleno a Elmer en el centro de la frente, produciéndole un súbito y estriado orificio por el que brotaron salpicaduras de sangre, mientras la bala se alojaba en su cerebro.

Plof, chascó la pistola de Brigitte, en el momento en que Chesterhimes se daba cuenta de que ella tenía un arma y saltaba hacia atrás.

—¡Baby! —Gritaba Pitzer—. ¡Baby! ¡Brigitte!

En el aire habían quedado unas salpicaduras de sangre procedentes del cuerpo de Jason Chesterhimes, acertado por la bala disparada por la espía. En el pasillo resonó el golpetazo del cuerpo de Chesterhimes al caer al suelo, su grito de dolor y rabia, y, enseguida, el ruido de sus pies alejándose.

—¡Reverendo! —Llamó Brigitte—. ¡Reverendo, vuelva aquí! ¡No voy a dispararle, terminemos con esto, conversemos de modo razonable!

En la relativa distancia oyó los rápidos pasos de Chesterhimes descendiendo las escaleras, a pesar de que seguía oyéndose la voz de Pitzer, insistiendo en su angustiada llamada a Brigitte.

—¿Se quiere callar? —Casi gritó ella, recuperando la radio—. ¡Estoy bien!

Pitzer quedó sumido en total silencio.

Todo estaba ahora en total silencio. Brigitte miró el cadáver de Elmer, tendido junto a la cama cara al techo, tan abiertos los ojos que parecía que le fuesen a saltar de la cara, que fuesen a desprenderse como pequeños globitos para ascender…

Brigitte suspiró.

—¿Tío Charlie?

—Sí, estoy aquí.

—Perdóneme. Podríamos decir que no estoy precisamente en uno de los mejores momentos de mi vida.

—¿Pero se encuentra bien?

—Sí… No se preocupe por eso.

—¿Puede controlar la situación o envío…?

—No envíe a nadie. Sería inútil, o, todavía peor, sería provocar un desastre. Este maldito negro les ha sorbido el seso a todos… Ahora comprendo por qué Wo Peng lo llamaba «maldito negro». ¡Está completamente loco, tío Charlie!

—¿Quiere decir loco de verdad?

—Sí, sí… No loco de ambición, o de maldad, o como tantos chiflados criminales que me he encontrado en la vida… Sencillamente, está loco, tiene perturbadas sus facultades mentales. ¡Imagínese que la próxima humanidad consiste en que en la humanidad no exista la raza negra! ¡Una humanidad sin la raza negra!

—Pero eso… es imposible.

—Esperemos que sí, pero si ese loco ha convencido a todo Harlem, si les ha sorbido el seso hasta el punto de que muchos están esperando la medianoche para comenzar a inmolarse…

—¡¿De qué está hablando?!

—Vayamos por partes. Primero, voy a darle instrucciones respecto al círculo de helicópteros que han de organizar en torno a Nueva York. Luego, le diré qué vamos a intentar respecto a la gente que se ha instalado en Harlem… Espere. Espere un momento, tío Charlie.

Brigitte dejó de hablar, tendiendo el oído, porque le había parecido escuchar un ruido fuera de la habitación. Un ruido en aquel silencio de tumba.

Dejó la radio en el suelo, empuñó la pistola, y se deslizó hacia la

puerta. Se disponía a abrirla cuando se le ocurrió que sería más prudente apagar la luz de la habitación. Así lo hizo, se colocó de rodillas junto a la puerta, y la abrió despacio y silenciosamente…

Casi se le pusieron los pelos de punta al ver en el pasillo, acercándose sigilosamente, a Jason Chesterhimes, con el pecho lleno de sangre de la herida que poco antes le había inferido en el hombro izquierdo. Chesterhimes llevaba en la mano derecha la pistola, y tenía una expresión de alucinado absoluto en los ojos. Sus facciones ya no parecían precisamente las del bonachón y simpático Bill Cosby, sino que se crispaban en una mueca fanática.

Pero no era solamente esto lo peligroso, sino que detrás de Jason Chesterhimes llegaban todos los hombres que antes habían estado reunidos con él, y cada uno de ellos empuñaba un cuchillo u objeto de similar peligro, todos ellos conseguidos indudablemente en la cocina.

Más de una docena de hombres dispuestos a exterminarla.

La idea de Jason Chesterhimes se le apareció clarísima a Baby. A él no le importaba morir, porque precisamente ése era su objetivo, morir para ser de los primeros en liberar su espíritu y esperar a integrarse en la próxima humanidad; pero sí le importaba que ella muriese cuanto antes, para que ni siquiera tuviese tiempo de intentar interferir de alguna manera en sus planes, de modo especial convenciendo a otros colaboradores como había convencido a Elmer con sólo dos palabras.

Más de una docena de hombres dispuestos a hacerla trizas. Doce hombres a los que no les importaba morir, sino que, más bien, lo deseaban, para regresar luego con otros cuerpos, formando parte de la próxima humanidad.

¡Y ni siquiera tenía balas para todos!

Pero sí para Jason Chesterhimes.

Podía matarlo sin problema alguno: sólo tenía que asomar la punta de la pistola por la estrecha abertura de la puerta y meterle una bala en la cabeza.

«Maldito sea —pensó la espía—… ¡Eso es precisamente lo que él quiere! ¡Y no voy a desperdiciar con él ni una sola bala!».

Se retiró, colocando la puerta de nuevo ajustada. Regresó a gatas adonde había dejado la radio, y la acercó a su boca.

—Tío Charlie —susurró.

—¿Sí?

—No puedo seguir hablando. Lo dejo todo a su buen criterio.

Dejó la radio en el suelo, con las demás cosas de su maletín que yacían esparcidas por la habitación. Empuñando la pistola con la mano izquierda, se acercó a la ventana, la abrió…, y sólo entonces recordó que estaba desnuda.

Ya no tenía tiempo de nada.

Se descolgó por la ventana, tras suspenderse del alféizar con una mano. El rebote de la caída, pese a tensar los músculos de las piernas, fue tremendo, amortiguado un poco al impulsarse rodando hacia delante.

Tras ella, en la ventana por la que acababa de saltar, se encendió la luz.

Enseguida oyó claramente una voz:

—¡Ella no está aquí! ¡Y la ventana está abierta…!

—¡No puede estar lejos! —Oyó con toda nitidez la voz de Jason Chesterhimes—. ¡Vamos al patio a por ella!

—Quizá se ha escondido en otro de los dormitorios —dijo otra voz—… ¡Una mujer no puede saltar desde aquí al patio!

—¡Ella sí puede! ¡Vamos abajo, pero mirad también en los otros dormitorios!

Dos siluetas se recortaron en la ventana, cuando ya Brigitte, que había recogido el maletín, se protegía detrás del tronco de uno de los altos y frondosos pinos. Miró hacia arriba. En realidad, para salir de allí sólo había tres rutas posibles: volando (lo cual había que descartar), entrando de nuevo en la casa para desde su interior llegar a la puerta principal y salir a la calle (lo cual implicaba el peligro cierto de encontrarse con la docena de hombres), o volver a la iglesia…, para quedar encerrada allí dentro sin más salida que la de la calle, donde había miles de negros fanatizados por la consigna de una próxima humanidad que el reverendo Chesterhimes les había metido en la cabeza.

La espía más peligrosa del mundo volvió a mirar hacia arriba…

—¡No puede haber escapado! —gritó Jason Chesterhimes, rodeado ahora no sólo de su grupo de confianza, sino de los hombres que hasta entonces habían estado vigilando la entrada a la iglesia—. ¡Es imposible salir de aquí si no es por la puerta de la iglesia o de la casa! ¡Y ella no se atrevería a salir por ninguna de las dos, además,

pues sabe que si aparece en la calle una orden mía sería su sentencia de muerte!

Nadie le contestó.

Todos le miraban fijamente. Habían buscado por todas partes, y la negra Rita Fowler no aparecía, eso era todo. Por cierto que Jason Chesterhimes se había guardado muy bien de informar a sus amigos que la negra no era tal, sino la periodista Brigitte Montfort. Tenían que considerarla una traidora quizás amiga de Wo Peng, no una periodista norteamericana, no la periodista americana Brigitte Montfort, cuya línea de comportamiento honesto y antirracista era más que conocida…

—¿Habéis mirado en los pinos? —exclamó de pronto Chesterhimes.

—¿En los pinos?

—¡En los pinos, sí! ¡En lo alto de los pinos, entre las ramas! ¡Ella puede haberse subido, y estar escondida en uno de ellos!

Hubo cambios de miradas.

De repente, los tres guardaespaldas dieron la vuelta y salieron corriendo de la casa. Los demás tuvieron un instante de titubeo, pero salieron en su seguimiento. En cuestión de segundos, todos estuvieron en el jardín, cuyas luces un tanto insuficientes, simplemente utilitarias, encendió Jason Chesterhimes.

—¡Sería mejor si tuviéramos unas linternas! —gritó uno de los hombres.

—¡Yo traeré un par! —dijo otro.

Todos se habían colocado bajo los dos pinos, mirando hacia arriba, intentando descubrir a Rita Fowler acurrucada entre sus ramas. Alguien propuso, simplemente, que los tres guardaespaldas disparasen hacia arriba, y si estaba allí la alcanzarían y caería, pero los dos hombres armados que quedaban dijeron que no valía la pena, pues su compañero iba a traer linternas enseguida…

Jason Chesterhimes escuchaba las excitadas conversaciones como si llegaran procedentes de otro planeta. Las oía, pero no las escuchaba. Tenía el presentimiento de que la señorita Montfort era una pieza que ni él mismo había sabido valorar acertadamente. Sabía que ella había saltado por la ventana al patio. No podía ser de otro modo.

Miró la ventana, calculó la altura que había desde ésta al suelo

del jardín, y se estremeció.

Si una mujer era capaz de saltar aquella altura sin romperse varios huesos e incluso matarse… ¿qué más podía hacer?

¿Qué más?

La mirada de Jason Chesterhimes fue desplazándose lentamente por el entorno.

Ella no había salido ni por la puerta de la casa ni por la de la iglesia. Y en los pinos, lo supo de pronto, no podía estar, no podía ser tan tonta o creer que ellos iban a ser tan tontos de no buscarla entre las ramas.

No, no estaba en uno de los pinos. No se había marchado. No estaba dentro de la casa, ni dentro de la iglesia…

Estaba ENCIMA de la iglesia.

Estaba en el inclinado tejado de la iglesia. Estaba allá arriba, donde a nadie se le había de ocurrir buscarla, porque era el sitio más comprometido, más peligroso, resbaladizo y frío. Ella estaba allá arriba, sola, desnuda y acorralada, esperando…

Esperando… ¿qué?

Sin decir nada, dejando a sus amigos obsesionados con la búsqueda de la negra entre las ramas de los pinos, Jason Chesterhimes entró en la iglesia, y se dirigió directo hacia el pequeño cuarto donde había sillas y bancos por reparar, elementos de iluminación, algunas estufas de gas… Entró en este cuarto, y vio la estrecha y angosta escalera que subía hacia el primer descansillo de la iglesia. Desde este descansillo, por otra escalera aún más angosta, se subía hasta la parte media de la iglesia, donde había una puertecita por la que se podía salir al tejado para hacer reparaciones.

Ella había subido por allí.

Se había escondido cuando los tres hombres que custodiaban la puerta de la iglesia salieron de ésta al patio para entrar en la casa, y había aprovechado la ocasión para entrar en la iglesia. Pero no había ido hacia la puerta, ah, no, era demasiado lista para eso…

Había entrado en aquel cuarto, había visto la escalera, luego la otra…, y ahora estaba allá arriba, sola, desnuda y atenta como una gata furiosa, armada con una pequeña pistola.

Perfecto.

Jason Chesterhimes sonrió anchamente, y por un momento

volvió a parecer un buen muchacho de lo más simpático.

Sí, perfecto: sólo tenía que subir allá arriba, encontrar a la señorita Montfort…, y hacerse matar por ella. Su cadáver rodaría por el inclinado tejado, y caería a la calle, donde había cientos, miles de personas esperando las doce de la noche para iniciar su camino de integración en la próxima humanidad.

Él sería la víctima, el héroe asesinado. Sería el primero en integrarse en la próxima humanidad…, y todos los demás le seguirían. Cuando en Estados Unidos primero y luego en todo el mundo se supiera lo sucedido, aparecerían cientos, miles, millones de seguidores del reverendo Chesterhimes en busca de una nueva existencia para la raza negra, una raza negra que sería la base de la próxima humanidad del planeta Tierra…

Jason Chesterhimes soltó una carcajada, se acercó a la escalera, y emprendió la ascensión.

Era una hermosa noche de primavera, pero no para estar desnuda en lo alto de una iglesia, desde donde divisaba el resplandor de las luces de Nueva York, y, de modo especial por la variedad e intensidad de su resplandor, las de Manhattan, y las de los edificios más relevantes, los más conocidos del mundo: Empire State, Rockefeller, ONU, Chrysler…

Acurrucada junto a un saliente, Rita Fowler, cuya negra piel se iba decolorando por instantes para adquirir el tono blanco dorado de la señorita Montfort, esperaba con la paciencia de tantos años de espionaje. Tantos años en los que el control de sí misma le había salvado la vida tantas y tantas veces.

No sería ella quien perdiese los nervios en esta ocasión. Sólo tenía que esperar. Y no demasiado. Si conocía bien a Charles Alan Pitzer, muy pronto la situación cambiaría. Y lo conocía muy, muy bien, tan bien como él a ella…

—Sé que está ahí —oyó de pronto la voz de Chesterhimes—… ¡Y voy a por usted!

No se movió.

Lo oyó perfectamente moviéndose con torpeza por el tejado, pero ella permaneció inmóvil.

—Es inútil que se esconda —dijo Chesterhimes—. Sé que está aquí, y no voy a detenerme hasta encontrarla. ¡Quiero tener el gusto de matarla personalmente! ¡Y ojalá lo hubiese hecho antes!

Brigitte no se movió. Era como una pantera quieta en la oscuridad de la noche, atento el oído, la vista, incluso el olfato. Pero le bastaba su fino oído para tener localizado a Jason Chesterhimes en todo momento; se movía con mucha torpeza y dando peligrosos tropezones y resbalones.

Oyó su risa.

—¡Je, je, je! ¡O me mata usted, o la mato yo! ¡Sea como sea, aquí arriba va a terminar su aventura, señorita Montfort!

De repente, Brigitte se desplazó, en silencio, ágil y segura sobre sus descalzos pies, y apareció delante de Jason Chesterhimes, apuntándole al rostro con su pequeña pistola. Chesterhimes, que la buscaba, se llevó no obstante tal sobresalto que casi perdió el equilibrio. Brigitte se adelantó, asió con su mano izquierda la derecha de él, armada, y la apartó. Al mismo tiempo, aplicaba un ferocísimo rodillazo en los testículos del reverendo Chesterhimes, que emitió un quejido y se encogió. Otro rodillazo en el mismo sitio lo hizo caer de rodillas ante la espía, que puso la boca de su pistolita en la frente del negro.

—Quédate quieto —susurró—. Y no se te ocurra gritar.

Chesterhimes alzó la mirada hacia ella. Una mirada que todavía expresaba el dolor provocado por los golpes recibidos, pero en la que había una profunda expresión de triunfo.

La señorita Montfort sonrió de un modo que llevó fríos de espanto al corazón del reverendo Chesterhimes.

—Ni lo pienses —dijo—: no te voy a matar.

Chesterhimes emitió un grito de rabia, intentó reaccionar pasando al ataque, y Brigitte le golpeó con la pistola en el hombro herido. El dolor fue tal que Jason Chesterhimes perdió el resuello, y quedó inmóvil, como congelado. Pese a lo cual, de un modo confuso, acertó a oír el rumor de un helicóptero que se iba acercando…

No. Uno, no. Dos. O más… Varios helicópteros. Muchos helicópteros. Comenzó a ver sus luces reglamentarias por todas partes, como en un enloquecido juego de luminotecnia. Luego, aparecieron los focos de intensa luz cayendo sobre las calles de Harlem.

Como en una pesadilla, Jason Chesterhimes comenzó a oír con gran nitidez, difundida por medio de equipos especiales, la voz de

un hombre dirigiéndose a la multitud. Una voz profunda, clara y sedante, explicando que solamente la locura puede hacer pensar que una raza entera tenga que ser sacrificada para que se inicie una nueva humanidad. Era, decía la voz, como cortarse tres dedos de una mano para que los demás dedos adquieran más fuerza y utilidad. ¿Querían hacer eso los habitantes de Harlem? ¿Querían exterminar miles de vidas, querían asesinar miles de niños…?

Mientras tanto, por fin, la luz de uno de los focos que buscaban por todas partes cayó sobre el tejado de Riverton Church, iluminando al negro caído de rodillas y a la hermosa mujer blanca que hacía señas de llamada.

El reverendo Chesterhimes lanzó un bramido de rabia, y reunió todas sus fuerzas para abalanzarse contra la señorita Montfort. Ambos rodarían por el tejado, ambos caerían a la calle, sus seguidores lo verían a él muerto, a la mujer blanca con una pistola…

Pero la mujer blanca tenía otros planes para ella. Con un golpe de pistola abatió a Chesterhimes a sus pies, y rápidamente, cuando el reverendo comenzaba a deslizarse tejado abajo, lo agarró por la ropa del cuello.

Cuando por la ventanilla del helicóptero que había localizado a la agente Baby apareció el demudado rostro de Charles Alan Pitzer, ella sonrió y gritó:

—¡Tío Charlie, ¿no tendrá usted a mano un jersey que le sobre…?!

Este es el final

Mientras la situación en Harlem y en todas las rutas que convergían en Nueva York iba siendo controlada y los ánimos exaltados se iban apaciguando (no sin incidentes, pues hasta el momento se habían producido más de doscientos suicidios en busca de una próxima humanidad), la CIA, dirigida de nuevo por la agente Baby, estrechaba su vigilancia en el espacio aéreo, ayudada por diversas fuerzas policiales y militares.

La noticia se pasó por la radio de onda privada, a las seis y tres minutos de la mañana: el helicóptero cargado con el gas mortal, y que pilotaba un solo individuo, había sido localizado y conminado a aterrizar; el piloto, un sujeto llamado Ernest Dwight Coventry, efectivamente empleado en uno de los laboratorios secretos de los Estados Unidos, se había rendido sin oponer resistencia ni causar complicación especial alguna.

—Pero… ¿lo ha admitido todo? —Exclamó Baby, a bordo de uno de los helicópteros que volaban alrededor de Nueva York—. ¿Lo ha confirmado todo?

—Desde luego. El helicóptero contiene cargas de gas y de virus suficientes para liquidar no sólo a la población de Harlem, sino a toda la población de Nueva York.

—Por todos los cielos… ¿Por qué ha hecho eso el tal Coventry, qué esperaba, qué…?

—Es negro.

—Oh, Dios mío.

—Pero todo está bien. Ya no hay peligro alguno.

La espía asintió, y quedó silenciosa. Junto a ella viajaba Pitzer, y en la popa del helicóptero, amarrado y como alucinado, viajaba Jason Chesterhimes. A los mandos del helicóptero iba un joven agente de la CIA, y junto a él viajaba otro, más veterano, provisto de un fusil de rayos láser.

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó el piloto.

—Ponga rumbo mar adentro —pidió Brigitte.

Pitzer la miró durante tres o cuatro segundos, volvió luego la cabeza para mirar a Chesterhimes, y eso fue todo. Nadie dijo nada más en el helicóptero. El mar apareció enseguida, pero el piloto, bien aleccionado, se limitó a seguir cumpliendo la orden de su admirada Baby. ¿Ella había dicho mar adentro? ¡Pues mar adentro!

Por fin, la señorita Montfort se volvió en su asiento.

—Reverendo Chesterhimes —llamó.

Jason Chesterhimes la miró lentamente, con expresión sonriente, idiotizada. No preguntó nada. Sólo la miró.

—Además de los asesinatos de Wo Peng y de Fedor Ylief, y del intento contra mi persona pese a su «enamoramiento»…

—¡Tuve que hacerlo! ¡Tenía que impedir como fuese que usted publicase las confidencias que Wo Peng le hubiera hecho…!

—No hubo tales confidencias. Pero no le guardo rencor por eso, ni por su… pasión hacia mí. Supongamos que pudiera olvidar todo eso. Pero han muerto doscientas personas y podían haber muerto más de dos millones —susurró Brigitte—. Lo siento, pero no puedo permitir que usted sobreviva a este intento y que en alguna ocasión y favorecido por otras circunstancias, volviera a las andadas. Tengo que matarlo y tirarlo al mar bien lastrado, para que nadie vea su cadáver y lo utilice para convertirlo en mártir de una causa desquiciada.

—¿Desquiciada? —Se excitó de pronto Chesterhimes—. ¿Acaso va a negar usted que existe el alma? ¿Acaso va a negar que existe la reencarnación? ¿Acaso va a negar que las almas de los negros estarían mejor en cuerpos blancos…?

—Cada alma está bien donde está, reverendo.

—¡Usted ha impedido que apareciera una próxima humanidad! ¡Habría hecho mejor ayudándome a conseguirlo!

—Imposible —susurró Brigitte Baby Montfort—… Tal vez usted tenga razón y alguna vez llegue a existir una humanidad mejor que la actual, pero yo no puedo contribuir en nada que tienda a exterminar la de ahora, ni total ni parcialmente. Son muchos años de lucha en favor de esta humanidad para permitirle a usted ni a nadie que atente contra ella de cualquier manera.

Plof, chascó la pistola de cachas de madreperla.

FIN